

CRONICAS DE CATALUÑA.



Armengol, Arsendá y Zulima.

EL CONDE DE MOLLERUÇA.

1149.

Las cruzadas habian llegado á su apogeo en Europa y en Asia.

Rui-Díaz de Vivar era dueño de Valencia; Toledo veia trasformarse en catedrales las mezquitas de Al-menon; Za-
25 de Junio de 1850.

ragoza caia en poder de los aragoneses, y los catalanes conquistaban á Mallorca. Tan prósperos sucesos fueron interrumpidos por dos contratiempos funestos. El rey Alfonso Ramirez perdió su existencia en los campos de Monzon; el conde de Urgel la suya en las cercanías de Lérida; y merced á las dos batallas, perdidas por los cristianos, pudieron respirar los musulmanes. De aquellas resultas se firmó una tregua entre los reyezuelos moros de Fraga y de Lérida, y el poderoso Ramon Berenguer, conde de Barcelona, que poco tiem-

TOMO VIII. 16

po después fué soberano de Aragón por su casamiento con Berenguela, hija de Ramiro, aquel monge que desde el claustro subió al trono y fué, según dice el padre Mariana, fraile, sacerdote, obispo, casado y rey.

Mientras que las huestes combinadas de las dos naciones cristianas se dirigían contra los moriscos del litoral, los habitantes de Lérida y de Fraga disfrutaron algunos años de paz, sin que la tregua impidiese las correrías de costumbre.

Entonces tuvieron lugar los acontecimientos que vamos á referir, cuyo protagonista fué el hijo del conde de Urgel, conocido en la historia bajo el título de conde de Mollerucha.

El sol acababa de ocultarse tras la sierra de Fraga; la atmósfera estaba clara y tranquila, sin que los vapores del Segre, ni el viento Noroeste turbasen en lo mas mínimo aquel hermoso día, ó para hablar con mas propiedad, aquella tarde apacible y serena que no es comun en dicho país. El ulema habia recitado versículos del Corán desde la torre Negra del castillo, por supuesto con el rostro vuelto hácia el Oriente; las puertas de la ciudad acababan de cerrarse; y á la luz natural sucedían brillantes fuegos y vistosos faroles en los jardines de Aben-gamia, rey de Lérida.

El príncipe sarraceno, celebraba con repetidos festines las dulzuras de la paz y la boda de su hija Zulima con su visir favorito Osmin. Empero en aquel enlace, como acostumbra á suceder en todas las cosas mundanas, las pasiones mezquinas habian chocado entre sí. Aben-gamia, anteponiendo lo útil á lo justo, escogió al esposo de la princesa de entre los renegados; elección que escitó la envidia de Giafar, primer ministro del rey, y el despecho de Ismael, su sobrino, los dos pretendientes de Zulima y de la corona. Con todo, los celos de ambos rivales en nada distrajeron la decisión del monarca, y fuese conformación ó disimulo, los postergados moros no dieron á comprender su sentimiento á los ojos del vulgo: Aben-gamia, se hizo sordo á las reconvenciones que le hizo su hermano Aaron, rey de Fraga, y á fin de no turbar la alegría de su corte, envió á su sobrino y al visir Giafar, al castillo de Alcaráz, sin que nadie comprendiese era una orden de destierro.

Aquella noche de otoño la habia destinado el monarca musulman para recibir en el gran salon de mármol de su palacio, las felicitaciones de sus cortesanos. Sentado en un diván de almohadones, cuyo damasco azul contrastaba con franjas de plata, rodeado de emires, cadis, chaiques y visires, recibió al propio tiempo al conde de Urgel, embajador del rey de Aragón, quien habia pasado á Lérida con el objeto de pedir á Aben-gamia un cange general de los prisioneros que mutuamente se habian hecho cristianos y sarracenos durante la última correría.

—Sois generoso, decía el enviado de don Ramon Berenguer; empero no estoy satisfecho.

—¿Cómo! exclamó el rey: ¿te devuelvo los rehenes que tengo en mi poder sin prenda ni rescate, y todavía no estás contento?

—Mi poderoso señor, el conde-rey, replicó el embajador, quedará reconocido á vuestra bondad, mas no el conde de Urgel. Al aceptar el cargo de mensajero real, no tuve otra idea que la de reclamar, aun á costa de mi feudo, la libertad de mi esposa Arsenda de Queralt, apresada por vuestros soldados. Por lo mismo dejo á la consideración del rey la justicia de mi demanda, que no será razonable seais complaciente con el guerrero y dejeis de serlo con el marido.

—Esa muger, nazareno, estará en alguno de los harenes públicos de la ciudad.

—Viva ó muerta está aquí, repuso el conde; he encontrado prendas tuyas.

Y enseñaba un pequeño crucifijo de hierro, que perdido por la condesa, habia sido arrinconado por los mahometanos.

—Cristiano, dijo Aben-gamia alzando la voz, no abuses de mi condescendencia con esas reticencias. Ya te he confesado la verdad, y basta de respetos políticos. Si está en mi mano te será devuelta la esclava que reclamas. No creo que de una muger mas ó menos dependa la paz de dos poderosas naciones, ó la vida de mis vasallos y de los súbditos del conde-rey.

—Para vosotros, que considerais á la muger como un mueble, poco importará una mas ó menos; para mí, que creo en el origen divino de esos ángeles enviados por el Criador de su paraíso, es cuanto me interesa en vuestra corte saber el paradero de mi esposa.

—En una palabra, replicó el monarca moro riendo; ¿quieres que te forme de arcilla á esa dichosa dama?

—Sarraceno, dijo el conde conteniendo mal su ira; no chacees con la que ha sido mi ídolo. Los caballeros que llevan una cruz en su pecho no pueden permitir insultos contra la señora de sus pensamientos, y mucho menos cuando es una esposa; deber de galantería y religion, dad orden si os place, de registrar esas estancias reservadas en las cuales encerrais como irracionales á las hermosas criaturas que comprais en los mercados.

—Uso consagrado por la tolerancia y los tiempos.

—Por el desenfreno, añadió el de Urgel.

—Dejemos cuestiones que no atañen á este día, y no turbemos la paz. Por complacerte haré cuanto pidas.

Dichas estas palabras, Aben-gamia se dirigió á un joven visir de noble é interesante fisonomía que estaba de pie á su lado.

—Osmin, continuó enseñándole al embajador, acompañarás al noble Armengol al harem público. Tal vez esa joven no ha sido vendida ni adjudicada desde la última presa; de todos modos, haz lo posible á fin de contentarle.

El mancebo musulman saludó profundamente al rey y se dispuso á cumplir aquella orden, que sin duda debia serle ingrata, á juzgar por la palidez espantosa que apareció en su rostro al oír el mandato real.

Mientras que en el salon seguia el monarca agareno recibiendo enhorabuena, el conde y Osmin bajaban por la escalera de mármol que daba á los jardines del palacio, cuyos restos todavia hemos contemplado en el día. En vez de dirigirse á la calle el moro, se paró en una de las mesetas formada por bojés y cipreses: encarándose de repente con el caballero cristiano, le dijo:

—Armengol de Urgel, tu esposa Arsenda existe, está en la ciudad y es mi esclava.

El conde, sorprendido no tanto por aquella revelación si no tambien por el tono con que hablara el sarraceno, dió involuntariamente un paso atrás y puso la diestra en la cruz de su espada. El mahometano, sin hacer caso de aquella prevención, prosiguió:

—Sé quien eres y lo que pasa en el interior de tu corazón. Hijo de un Armengol, que fué muerto en Mollerucha, nieto de otro á quien mataron en Barbastro, has heredado el feudo por medio de la traición. Yo añadiré otra página á la historia, que diga: «Armengol de Urgel tambien murió á manos de

los infieles.» La fecha y el lugar lo arreglaremos entre los dos.

—¡Un asesinato! exclamó el conde rugiendo de cólera al verse cogido en el lazo.

—¡Ah! ¿Llamais asesinato á esta clase de ejecuciones en que el verdugo emplea sus brazos y sus utensilios? Nada tengo que decir acerca de la definicion de un acto que yo llamo venganza.

—¡Venganza! ¿Y qué motivos pueden mediar entre un cristiano y un moro para escitarla? preguntó el conde.

—La sangre de tu hermano Arnolde que derramaron tus sicarios.

—¡Perro! gritó el de Urgel recobrando su sangre fria: en vano tratas de injuriarme; las palabras de un musulman no hacen mella en los blasones de los caballeros cristianos. Entre mi hermano y yo Dios juzgará en el último dia. En cuanto á tí, te desprecio como á infiel capaz tan solo de traicion y de felonía. Podré ser asesinado hoy, no importa; un noble cruzado debe su vida al rey y á la religion. Mañana caerá sobre Lérida la espada de don Ramon Berenguer, y mi muerte logrará un triunfo á nuestras armas.

—Hay una cuestion que debe ventilarse entre los dos solos.

—Entonces en la batalla nos veremos.

—¡Asesino de Arnolde! exclamó el sarraceno, tu existencia ha tocado á su término: no saldrás vivo de los subterráneos del alcázar.

—Bien: estoy conforme. Y cruzó los brazos el enviado.

—¿Dónde están tus sayones? prosiguió con desdenoso acento.

—Armengol, has sido hijo rebelde á tu padre, y fratricida con tu hermano mayor. En vano afectas esa calma aparente; tu corazon hierva de rabia y de despecho. Tú no eres rico-home, y en tu blason usurpado hay una barra de raza hebrea. ¿Con qué derecho reclamas á Arsenda? ¿Es acaso tu esposa legítima? ¿Por ventura ha muerto el conde de Molleruca, su marido?

—Soy, por la gracia de Dios, el conde de Urgel.

—Sí, conde nombrado por los Berengueres y aprobado por el Santo Padre, porque ignoran la existencia del primogénito de la familia: mas ante Dios no lo eres; el titulo es usurpado. Hubo un hijo de tu padre y de la ilustre Maria de Peranzules, á quien llamaron conde de Molleruca; heredero del feudo de Urgel, se desposó con Arsenda. Ese Arnolde, conde verdadero y hermano tuyo, soy yo.

—¡Tú! murmuró el embajador.

—Sí, Armengol. Privado de madre y odiado de mi padre por escitacion de una judia que fué, y es todavia, señora de Urgel, he sido asesinado por tu mandato al pie de los altares cuando el sacerdote habia bendecido mi union con la hija de Queralt. Armengol, soy tu hermano.

—Mientes, gritó el de Urgel, ni lo eres, ni has sido de mi sangre. Un caballero fiel puede ser una víctima, mas nunca un renegado.

—Armengol, replicó Arnolde con amargura; es cierto lo que dices, mas los sepulcros no mienten, y si fui sacado moribundo de la tumba lo debo á los musulmanes. Un crimen, la misma muerte me hizo abandonar mi creencia; dejé de existir como cristiano, he resucitado en el islamismo. Si, tu religion me rechazó con el puñal, otra me ha adoptado: este es el misterio.

—¿La venganza es algun dogma de tu nueva fé?

—¿Está tolerado entre cristianos el fratricidio?

—Lo estaria si se pudieran prever las apostasias.

—Estamos completamente de acuerdo; tú, Armengol, en el crimen, yo, Arnolde, en la venganza. Dios, como tú mismo has dicho, juzgará entre los dos. Entretanto no será Arsenda la que recobrará su libertad, sino el marido, quien perderá la suya. Una jaula de hierro reemplazará tu palacio, y algunos puñados de basura servirán en vez de opiparos banquetes en tu mesa.

—¡Antes morir! exclamó el caballero. Y desnudando la daga añadió:

—Tú primero; yo despues.

—¡Fratricida! gritó el moro blandiendo su espada, siempre eres el mismo.

Los aceros chocaron entre si con estrépito, y la débil daga de Armengol rozó ligeramente el brazo del renegado. Al ver teñida de sangre su manga, rugió el agareno, y cerrando con el cristiano, dió tal mandoble, que el acero del conde vino al suelo en dos pedazos. Cinco ó seis africanos que habian presenciado el combate ataron al cristiano, sin que opusiese la menor resistencia; reconcentró en su pecho el dolor y el despecho, resignóse á su suerte y hasta á los suspiros se negaron sus labios.

Osmín acompañó á su hermano hasta dejarlo encerrado en una de las mazmorras que ordinariamente servian para los prisioneros, de cuya puerta se llevó la llave.

Cuando el renegado regresó al palacio encontró dobladas las guardias en aquel recinto, y á pesar de su posicion intima apenas hubiese logrado penetrar en él á no haberle divisado Aben-gamia que estaba en lo alto de la escalera con el alfanje en la mano.

—El embajador, gritó á Osmín. ¿En dónde está el conde de Urgel?

—En los subterráneos del alcázar para que mañana pueda colocarse su cabeza en las almenas del castillo.

—Has hecho bien, prosiguió el rey, pues á no dudar sabias la traicion que tramaba con Gíafar y con mi sobrino Ismael.

—¡Traicion! exclamó Osmín sorprendido.

—¡Cómo! ¿has reducido á prision al cristiano é ignoras su infame plan?

—Lo temia, respondió el renegado, cuya frente sudaba gota á gota.

—Han sido sorprendidos los dos musulmanes que, fugitivos de Alcaráz, habian penetrado en la ciudad con el objeto de facilitar la entrada por la puerta de Huesca, á las tropas del conde-rey. Un esclavo fiel acaba de revelarme su secreto y los dos han sufrido su castigo.

—¿Y el ejército cristiano está en la cercanías? preguntó el favorito con afán.

—Desde las murallas puedes percibirlos, á pesar de la oscuridad de la noche.

—De este modo verán ellos tres cabezas en la barbacana, dijo con acento feroz el renegado.

—Entretanto, repuso el rey, vuelve á la prision del embajador y registra cuidadosamente sus vestidos, puede que en ellos se encuentre alguna otra prueba de su felonía, que nos descubra los cómplices que quedan en la ciudad.

En una de las estancias de la casa que habitaba la familia de Gíafar, general de la caballería sarracena, ó visir, segun ellos le llaman, estaban reunidos varios moros y cuatro cris-

istianos: aunque estos últimos llevaban traje musulmán era fácil conocerlos por su acento y frases que usaban.

—Mucho tarda mi padre Giafar, decía un joven agareno; temo no haya podido penetrar en Lérida á causa de la noche.

—Conoce todas sus avenidas para estar torpe.

—Por Santiago, mi patrón, la impaciencia mata.

—Calma, repuso el segundo interlocutor.

—Entendámonos, añadió el cristiano. ¿El complot ha de frustrarse por la falta de Giafar?

—Sin duda, respondieron los mahometanos. ¿Quién facilitará la puerta de Huesca á las tropas de don Ramon Berenguer?

—Yo, dijo una voz á espaldas de los conjurados.

Volvieron el rostro y se encontraron cara á cara con Osmin, el favorito, el yerno de Aben-gamia. Los alfanges y las dagas por un movimiento eléctrico se desnudaron, y de la sorpresa á la decisión solo medió un momento.

—¡Traición! gritaron todos, y blandieron los aceros en derredor del renegado, el cual ni se tomó el trabajo de defenderse.

—Aquí no hay sino cómplices, dijo Osmin, y sin mi cooperación las puertas de la ciudad permanecerían cerradas á los cristianos y vosotros iríais á parar en un suplicio.

—¿Y Giafar? Preguntaron los conspiradores aterrados.

—Giafar, Ismael y Armengol de Urgel han muerto.

—¡Muertos! murmuraron todos; y el espanto mas sompíno se pintó en sus rostros.

—El rey ha sido avisado por uno de los conjurados y los tres han sido víctimas.

—Estamos perdidos, dijeron todos á la vez, y se hubiesen dispersado cada uno por su lado á no haberles detenido el renegado.

—¿Qué vais á hacer? ¿huir? Ya no es tiempo. La conjuración se llevará á cabo: yo os guiaré en vez de los que ya no existen.

—¿Podemos confiar con el yerno del rey?

—No debéis fiaros del visir Osmin, respondió el renegado, sino de un cristiano como vosotros. Guillen Perez de Roda, dadme la absolución de mis pecados; vuelvo á ingresar en el seno de la iglesia, en el que nací.

El favorito del rey se arrojó á los pies del señor de Roda, el cual no daba crédito á cuanto oía. Recordaba las facciones del penitente, empero no sabía quien era.

—He sido bautizado en Urgel por vuestras manos, dijo Osmin, cuando erais confesor del conde.

—¡Gran Dios! exclamó el obispo, ¿serías acaso?

—Arnoldo de Urgel; repuso el moro y cayó en los brazos del anciano, á quien el celo conducía á mil peligros, desde los calabozos de Fraga, á los clubs de Lérida.

—Bendita sea tu providencia, Señor, suspiró Guillen al cabo de un buen rato, nos privas de un caudillo y nos devuelves la oveja perdida. Arnoldo, hijo mío, prosiguió alzando del suelo al joven, Dios te absuelve por mi boca de tus culpas; alabemos sus secretos designios: aquí todos somos cristianos.

Aquella inesperada metamorfosis motivó un instante de confusión. Pasaron algunos minutos en que los abrazos se sucedieron entre los recién convertidos y el apóstata: este fué el que desprendiéndose de todos, dijo:

—La noche pasa á prisa, y antes de amanecer deben ser dueños los fieles de estos muros. Guillen Perez, admitid en holocausto la ciudad de Lérida, que mañana entregaré á mi señor legítimo el conde-rey.

Eran las once de la noche y al bullicio de la fiesta había sucedido el estruendo de las armas. Los faroles de los jardines estaban apagados, la luna resplandecía melancólica en la inmensidad, y las huestes se preparaban para el combate.

La hija de Aben-gamia, sola en su estancia, aguardaba á su esposo. La hermosa Zulima, reclinada sobre un almohadon blanco como su cutis, buscaba todas las posiciones que la voluptuosidad del Oriente ha transmitido de generación en generación, con el amoroso anhelo propio de las musulmanas, cuya vida es la cadena de la sensualidad. Ellas son las odaliscas, instrumentos del placer, de misión puramente mundana, cuyas ideas y creencias solo se cifran en la sobre-estimación de los sentidos. La mujer asiática es el tipo de la verdadera Eva: ella no tiene esposo, sino un señor; no pretende otra dominación que la del deleite y se degrada hasta convertirse en un ser accidental, porque para ella no hay paraíso, según Mahoma.

Así era Zulima y son en general las hijas de los turcos, aun cuando no sean vendidas en los bazares, y á pesar de ciertas formalidades que median en sus desposorios.

Cuando el renegado entró en el aposento nupcial era mas de media noche, y una nube de tristeza oscurecía la hermosa frente de la mora.

—¿Desde el anoecer, preguntó la desposada, no ha tenido ocasión, ni tiempo, mi esposo y señor, de visitar á su amada? ¿acaso ha resonado hoy el clarín de guerra, ó la fría etiqueta le ha retenido al lado del rey? La luna brilla en su cenit, y todavia no he recibido el beso de los labios de mi dueño.

Y la joven princesa presentó su megilla á Osmin, que apenas la rozó con la suya.

—Están frios tus labios, dijo la novia. El renegado permanecía mudo é inmóvil en el dintel de la puerta, como si no llegasen á sus oídos las palabras de Zulima.

—¿Se ha apagado el fuego en tu corazón, continuó ella, ó solo era ambición el deseo de Osmin? El vasallo de mi padre ha logrado el objeto que anhelaba y ahora me desprecia porque le pertenezco.

—Calla, calla, Zulima, respondió suspirando el esposo, tus quejas lastiman mis entrañas. Si, es verdad lo que dices; cierta es tu acusación: soy un ingrato y no merezco tu amor. En otro tiempo tus caricias fueron para mi deseo como el primer alimento al recién nacido; y al defender mi brazo la existencia del rey de Lérida solo mi pensamiento se acordaba de la hermosura de su hija. ¡Oh, Zulima! Te he amado, Dios lo sabe: no con ese anhelo lascivo del musulmán que busca una saciedad á sus deleites, sino con el mas puro afecto, digno de mi primera creencia.

—Tu primera creencia! exclamó la mora, ¿fuiste nazareno?

—He nacido cristiano, dijo Osmin con voz casi imperceptible.

—¿Es decir que has mentado tu fé?

—Es cierto.

—¿Y ahora? preguntó con ansia Zulima.

—Dios me ha concedido su perdón, respondió el renegado con acento solemne.

—¡Otra vez apóstata!

—No; he errado y estoy arrepentido.

—¿Y nuestro amor?

—Eres muy niña para comprender los deberes de esa su-

blime religion que nos ha de separar para siempre; entre tú y yo media un abismo: un cristiano no puede ser esposo de una infiel.

—¡Oh!

—Los lazos que nos unian han sido rotos, y un mar de sangre lavará mi delito.

—No, gritó la mora delirante, te amo demasiado para consentir en perderte. Soy tuya y te seguiré á todas partes.

—¡Imposible! dijo el renegado procurando desprenderse de la jóven que se afianzaba á sus brazos.

—¡Oh! seré cristiana como tú, balbuceó llorando la mora.

—¡Cristiana tú! repuso Osmin aterrado.

—Sí, como tú.

—¡Desgraciada! continuó el renegado con amargura. ¿Crees que en tu nueva religion serás esposa mia? Escucha: antes de conocerte habia sido esposo de una jóven, como yo cristiana. Al pie del altar me fué robada y sucumbí al puñal de los asesinos pagados por mi hermano. La sed de venganza me hizo renegar. Ahora que estoy satisfecho vuelvo á mi fé y á mi patria. Zulima, á Dios.

—No te irás, gritó la jóven y rodeó la cintura del visir con sus brazos.

—Déjame, Zulima.

—Soy tuya, prosiguió sollozando la mora, quiero seguirte y seré tu esclava.

—Entre cristianos no hay mancebas y está prohibido tener dos mugeres á un marido.

—¡Oh cruel! tus palabras destrozan el alma.

—Si hasta hoy he podido engañarme y engañarte acerca de los sentimientos de mi corazón, no debo hacerlo ya. Ha caído el velo de mis ojos y confieso mi delito. La fé que heredé en mi cuna, ha vuelto á retoñar y veo bien claro que Dios me llama otra vez á su grey. Mañana recobraré mis títulos y resucitaré de la tumba, despues moriré cristiano.

—Y yo moriré antes, dijo Zulima corriendo frenética hacia la ventana de la estancia que daba á un pequeño zaguan.

Osmin la detuvo cuando iba á precipitarse.

—Déjame morir ya que no me amas.

—¡Zulima!

—Ni mora, ni cristiana.

—Todavía puede haber felicidad para ti en la tierra. Otro amor quizás te hará olvidar de mi nombre.

—Osmin, no eres bueno, porque mientes. Me has engañado vilmente, y he cedido á tus seducciones creyéndote honrado musulman aun cuando fueses mal esposo. Los cristianos desdénais los harenes turcos porque hay mucha hipocresía entre vuestras hijas; y es mas laudable engañar á las necias, que no comprar concubinas. Osmin, no cierras esa ventana: es inútil tu celo. Aunque mi impetuosidad te ha revelado el secreto de mi desesperacion, no bastarán todas las precauciones para impedir matarme.

El renegado fluctuaba en un mar de ideas, sin saber como escaparse de aquella muger cuya pasion podia comprometer su proyecto. La princesa continuó:

—Jura unir mi suerte á la tuya como cristiana, y entonces no solo te amaré cual esposa, sino que te serviré de esclava.

—Zulima, no es posible hoy: mañana cuando convertida á la verdadera religion, comprendas la fuerza de nuestros deberes, podré consentir en lo que me pides.

—No, no, exclamó la mora; llévame contigo, ó con este puñal atravieso mi corazón.

Y la hija de Aben-gamia sacó un afilado cuchillo de entre las frajas de un almohadon, apoyando la punta sobre su descubierto seno.

—Zulima, ten lástima de mí. Acabo de hacerte una confesion sincera de mi pasado, y cual ángel malo quieres desviarme del camino de la salvacion. Zulima, si me amas, apiádate de mi dolor, y no aumentes mi angustia.

—¡Cómo tú has roto el velo de mis ilusiones, tras un fingido cariño que ha llegado á serme esencial á la vida! ¡Cómo no has tenido lástima de una niña inoculando pérfidamente en su seno el filtro del deleite con tus engañosos besos! ¡Cómo te has complacido en arrancar los gemidos de mi corazón herido!... Yo tambien ahora me vengaré implacablemente de ti y de mí: de tí, denunciando al rey y á todos los creyentes tu doble apostasia, y de mí...

La mora no pudo acabar la frase y prorumpió en amargos sollozos.

—Dios ha hablado, dijo Osmin, y no retrocederé en mi santa mision. Princesa de Lérida, di á tu padre que dentro de una hora la ciudad estará en poder de los cristianos.

Al volver el rostro Osmin, se encontró con Aben-gamia, el cual habia entrado en la estancia en aquel mismo instante.

—¿Quién entregará la ciudad á los enemigos? dijo el rey con voz sorda.

—Arnoldo de Urgel, conde de Molleruca, que ha sido tu visir por espacio de tres años, y que mentia su fé bajo el nombre de Osmin.

—¿Eres tú el traidor? Pues no se cumplirán tus deseos, gritó el monarca dirigiéndose á Osmin.

—Dios solo puede impedirlo, respondió el apóstata.

La hoja del alfange tocaba el cuello del renegado.

Zulima desvió el brazo de su padre.

—¡Tú tambien, indigna hija! exclamó el anciano ¡Oh! maldicion sobre ti que vendes á tu bienhechor y has engañado á esa niña!

—Rey de Lérida, Dios me juzgará en su día.

—Apártate, Zulima, deja que me defienda. Si pierdo el trono y la vida, ¿quién será tu apoyo en la tierra?

—¡Ah! suspiró la jóven, y acordándose de la confesion del renegado, dijo con acento de rabia:

—¿Es tu esposa la esclava, por la cual diste tus diamantes á Giafar?

—Es la condesa de Urgel, respondió Osmin sin calcular en lo que decia.

—Bien, rugió la celosa mora. Padre, véngate del traidor, prosiguió soltando el brazo de Aben-gamia, yo me vengaré del perjurio.

Y salió de la estancia blandiendo el puñal que todavia tenia en la mano.

El renegado desenvainó entonces su espada, y dando un paso atrás, dijo al rey con voz solemne:

—Aben-gamia, en Fraga salvé tu existencia, y en pago recibí la mano de tu hija. Mi linaje es tan ilustre como la sangre real. Te devuelvo á Zulima, pura y sin mancha; no he profanado el lecho nupcial. Sé que un musulman no sabe apreciar el honor de una virgen y la delicadeza de un caballero; empero un cristiano cumple su deber. Rey de Lérida, déjame en paz; nada te debo.

—¡Tu vida! gritó el monarca colocándose en el dintel de la única puerta que habia en la estancia.

—Mi vida debo defenderla hoy para cumplir el voto que he hecho de colocar el estandarte cristiano en los muros de la ciudad: anciano, déjame el paso libre, ó te mato.

Una lucha entre el viejo monarca y el vigoroso visir no podía ser de larga duracion. Aben-gamia cayó al suelo atravesado por el acero del renegado, sin que este hubiese recibido la mas leve herida.

—¡Maldito seas! murmuró el moribundo. Alá no te deje vivir tranquilo en el goce de tu traicion.

Osmin saltó por encima del cadáver del último rey sarraceno de Lérida, y corrió en defensa de aquella que fuera causa de su apostasia, y ahora de su conversion.

La esclava que Giafar habia vendido á Osmin, era en efecto la noble Arsenda de Queralt, desposada con Arnolde, y despues muger de su hermano Armengol. La hermosa condesa de Urgel habia encontrado á su primer marido en el jóven visir, y todas las que hayan sentido un primer amor podrán juzgar sus sentimientos en aquella situacion. Empero la jóven barcelonesa era cristiana, y habia sido madre: dos lazos indisolubles, dos obstáculos que ponian una barrera fatal entre Arsenda y Osmin. Entregada ella á todo el dolor de sus penas ignoraba todavia la muerte de Armengol y la conversion del renegado.

La celosa mora entró en el aposento en que dormia Arsenda, dando gritos y blandiendo el puñal. Al despertar la condesa, se encontró con las miradas sangrientas de un rostro pálido, y vió un cuchillo amenazador en la mano de aquella fantasma. La infeliz hizo la señal de la cruz, creyendo era una vision del maligno espiritu; mas la princesa exclamó tirando violentamente del brazo á la dormida:

—¡Soy la esposa de Osmin!

—¡Dios mio! pronunció á duras penas Arsenda.

—¿Y tú quien eres?

—¡Perdon! estoy turbada balbuceó la condesa.

—¡Perdon! gritó con frenesí la mora; ¡no hatenido lástima de mi dolor! ¡no ha perdonado á mi padre! á todos nos ha vendido el traidor.

—Señora; dijo la cristiana postrándose en el suelo casi desnuda, yo no os he hecho daño alguno.

—El te ama.

—Soy esposa y madre.

—¡Tambien hay perjuras entre vosotras!

—Volvedme á mi madre y á mi esposo, y os bendeciré toda mi vida.

—Tu esposo ¿cómo se llama?

—Armengol de Urgel.

—¿Es él á quien amas?

—Una muger cristiana solo puede amar á su esposo; una madre solo ama al padre de sus hijos.

—¿Y á él no le amas?

—¿De quién hablais, señora?

—Nazarena, tratas de alucinarme en vano. Hablo de Osmin.

—¿Y me creéis capaz de amar á un infiel?

—Ha sido tu amante.

—Es cierto: mas los lazos que pudieran unirme con Arnolde no tienen fuerza alguna por lo que respecta á un musulman. Al renegar de su fé mi primer esposo murió para mí y para su familia. Viuda al pie del altar por haber creído difunto al conde de Molleruça, he sido despues esposa y madre.

—Eres viuda por segunda vez.

—Me engañais, señora.

—El conde de Urgel ha venido á la corte de mi padre para reclamaros y.....

—¡Armengol ha sido asesinado! balbuceó Arsenda.

—Conspiraba y ha sido castigado.

—Ha muerto por mí, murmuró en voz baja la condesa.

—Y ahora esperas sin duda al traidor para huir con él despues que nos haya vendido á nuestros enemigos.

—¿Seguir al matador de mi esposo? ¿A un fratricida; ¡ah! Arnolde se habrá vengado.

—Si; y para reconciliarse con los nazarenos entregará la ciudad á las tropas del conde-rey.

—Dios le perdone, exclamó Arsenda.

La mora no comprendió el valor de aquellas palabras.

—Dios no puede perdonarle.

—Os equivocais, señora: el Señor, que murió en una cruz para la salvacion de los hombres, todo puede perdonarlo.

—¿Todo? pregunto afanosa la princesa, ¿y tambien un fratricidio, una traicion, un perjurio, una ingratitud y una doble apostasia?

—Todo, respondió con sencillez la jóven cristiana.

—Pues si la religion de los nazarenos deja impunes tantos crímenes, Alá y el Profeta mandan sean castigados los traidores.

—¿A quién castigareis, señora?

—¡A ti, esposa de dos hermanos, que esperabas volver á tus primeros amores por la muerte de Armengol. A ti, cuya muerte llorará el renegado con lágrimas de sangre!

—Si os vengais por efecto de vuestros celos, es inútil la venganza.

—¡Ojalá fuese verdad! exclamó Zulima.

—Dios juzga mi corazon y conoce mi inocencia, dijo Arsenda arrodillándose.

Luego añadió llorando:

—Soy muger y no puedo menos de ser débil; empero só morir, señora, estoy dispuesta.

La princesa no pudo resistir á la santa resignacion de la jóven viuda, y murmuró en voz baja:

—Mi mano se resiste, porque veo llorar á una rival. Acases mas digna de compasion que yo, pues ella tiene que sentir la muerte de uno y la apostasia del otro. ¡Ah! tampoco loograria volver á mis brazos á ese perjurio que sabe olvidarse de tan santos deberes. Está escrita mi desgracia y no la mancharé con un crimen. Esclava, dijo á Arsenda con el orgullo de una sultana, sigueme: te devuelvo á tu familia y á tu religion: no maldigas á la hija de Aben-gamia.

—Señora, mi vida os ofrezco.

—Ven conmigo; mi padre te devolverá la libertad, ya que no tu esposo.

La niebla que durante la noche se extendió de las márgenes del Segre por la llanura de Lérida, fué despejada por el astro de fuego, cuyos primeros rayos reflejaron en la bandera cristiana que tremolaba en el castillo mas elevado de la ciudad. Las tropas de don Ramon Berenguer, á quienes se abrió misteriosamente una de las puertas, entraron en Lérida antes del amanecer, y por espacio de algunas horas el asalto fué una completa carniceria. El renegado, seguido de sus cómplices, se apoderó del alcázar y plantó en la torre Negra el estandarte de la cruz, cuya vista acabó de desanimar á



los pocos sarracenos que todavía se defendían. Osmin buscaba frenético al objeto de su pasión, y habían sido infructuosas sus pesquisas. Una idea horrible le vino á la mente al notar la desaparición de Zulima, que coincidía con la de Arsenda. Corrió delirante al subterráneo, en el cual había sido encerrado su hermano, y vió....

Las dos hermosas jóvenes se dirigieron desde la estancia del favorito á las habitaciones de la princesa y allí supo esta la trágica muerte de su padre. Entonces fué Arsenda la que tuvo lástima de Zulima, y mezclaron las dos sus lágrimas sobre el cadáver palpitante de Aben-gamia. Una hora después la musulmana acompañó á la condesa hasta las mazmorras del alcázar, en las cuales acostumbraban á encerrar á los cristianos. Precedidas de un esclavo que tenía un farol encendido en una mano, y las llaves en la otra, penetraron en los subterráneos. Arsenda deseaba encontrar el cuerpo de su esposo.

—A lo menos, decía llorando la desgraciada, tendré el consuelo de recoger sus restos como vos habeis hecho con los de vuestro padre.

—¡Oh! murmuró Zulima; ambos han muerto á manos del renegado. Y con todo, añadió suspirando, le amo todavía.

—Yo también le amé, repuso la condesa, en mis años de inocencia, y fui su esposa ante Dios; le amaría otra vez si hubiese sido mas generoso con el padre de mi hijo.

—¡No le amas ya! dijo con desden la mora.

—No puedo, replicó Arsenda; he sido siempre fiel á mis deberes, y estos han ahogado mis pasiones.

—Aquí está el cadáver de tu esposo, dijo Zulima enseñando á su compañera un cuerpo ensangrentado que estaba entre escombros.

—¡Ah! ¡no es el de Armengol aunque es su traje, exclamó la condesa respirando!

—¡Ojalá viviese!

—Oiga el Señor vuestros votos.

—Fuera harto dichosa en verte libre y feliz. Quizás los dos protegeriais á la huérfana que va á ser el ludibrio de los vencedores.

—¡Armengol! llamaba Arsenda buscando los rincones del subterráneo, mientras que la mora permanecía pensativa á la vista del cadáver.

Al entrar en la sombra de una de las columnas de la mazmorra, una mano tapó la boca de Arsenda y una voz bien conocida la dijo al oído:

—No grites: aun existo:

El ay de la condesa quedó ahogado, y ella cayó en brazos de su esposo.

—Arsenda, escucha y ten valor. Encerrado aquí por Osmin, y presintiendo el fin que me preparaba aquel traidor, cambié el traje con los vestidos de un infeliz cristiano asesinado en este subterráneo, y tuve cuidado en regar el suelo y el cadáver con sangre reciente. No me equivoqué. A poco rato volvió Osmin, registró al muerto y se marchó sin sospechar el engaño. Creyó era un suicidio. Confiaba en que hoy vendrían á rescatarme mis tropas. Ahora, dime: ¿han entrado los fieles en la ciudad?

—Sí, respondió también en voz baja la condesa.

—¿Sabes dónde están?

—Lo ignoro; pero la bandera cristiana flota en el castillo

—¿Quién les ha dado la entrada?

—Creo que ha sido Osmin.

—¡Osmin! exclamó imprudentemente en voz alta el conde.

—¿Quién pronuncia este nombre? dijo Zulima corriendo hácia los dos esposos.

—¿Os acompaña algun otro esclavo? preguntó Armengol.

—No, respondió su esposa.

—Pues bien: salgamos de una vez.

Y presentándose á la luz del farol, dijo á la musulmana:

—Soy el conde de Urgel.

—¡Armengol! prorumpió la mora, tu hermano ha matado á mi padre, como tú lo hiciste con mi hermano. Vuélveme á Osmin aunque sea cristiano; yo te devuelvo á tu esposa.

—¡Princesa!

—Tu hermano, continuó la hija de Aben-gamia, ha entregado la ciudad á los cristianos. ¿Qué me quedará si él me abandona?

—Señora, dijo el conde, si Arnoldo alcanza perdon de la iglesia, la penitencia podrá reconciliarlo con Dios; en cuanto á mi perdon, jamás le logrará.

—La oveja descarriada ha vuelto al rebaño.

—Arsenda, ha vuelto manchada con un fratricidio y con el asesinato de su bienhechor.

—Ha entregado el alcázar á los infieles.

—Mi brazo le hubiera conquistado.

—Armengol, añadió su esposa; perdon y serás perdonado. Todavía no estamos libres.

—Jamás.

—¿Es decir, dijo Zulima, que he de perder cuanto he amado? Morirá Osmin y moriremos todos.

Al acabar de pronunciar estas palabras, cogió una de las llaves que traía el esclavo, y se dirigió á una pequeña puerta que estaba al lado de la exterior, la cual quedó cerrada al entrar en el subterráneo.

—¿Qué vais á hacer? gritó el conde.

—Entregaros á las garras de los perros que se guardan para los cristianos.

—Han sido atacados de la rabia, exclamó el esclavo con la mayor consternación.

—Estarían preparados para tí, cristiano, repuso Zulima.

—Ayer les di, por orden de Osmin, una tinaja entera de aceite para beber, y hace tres días no han comido.

—¡Rabiosos! murmuró Armengol sin poder disimular su espanto horrible.

—¡Zulima! imploró la condesa; tened piedad de nosotros, de vos misma.

La llave rechinaba en la cerradura, y el de Urgel, inmóvil, no se atrevía á dar un paso.

—¡Salvémonos todos! prosiguió Arsenda. Vos, princesa, para Osmin que no podrá menos de amaros.

—¿Me engañas, nazarena?

Los enormes perros al oír el ruido de la llave y de los cerrojos, empezaron á ladrar sordamente.

—Mi esposo recobrará un hermano..... añadió aquella.

—Sí, dijo Armengol, cuyos cabellos se erizaron; la perdonaré.

—¿Y le devolverás su feudo?

—Sí, respondió el conde, cuya frente se cubría de un sudor frío.

—¿Y será mi esposo?

—Sí, dijo Osmin entrando súbitamente en el subterráneo.

—¡Zulima! continuó el renegado, mi misión está cumplida. Estoy perdonado, y serás mía cuando hayas recibido el bautismo como cristiana; en cuanto á mis derechos, Armengol, renuncio á ellos. Ha corrido demasiada sangre en nuestra familia para apetecer una herencia de crímenes. Arsenda, mucho te he querido; hoy que he comprendido el cariño de Zulima, conozco que es ella la única que me ha amado. Hermano, prosiguió acercándose á Armengol ¿me perdonas?

Los dos se abrazaron con efusión, y durante algunos momentos todo fué lágrimas y sollozos. Arnaldo dijo con voz conmovida:

—Hermano, tú has conquistado á Lérida; ve á presentarte á don Ramon Berenguer que acaba de llegar y díselo. El drama que ha pasado entre nosotros debe ser un secreto. Pídele un salvo-conduto para la hija de Aben-gamia y su esposo, añadiendo que se dirigen á Roma para postrarse á los pies del Santo Pontífice. Cuando nos hayamos separado te enviaré á decir el parage oculto en el cual están escondidos los tesoros del que fué rey de Lérida. La mitad servirán para fundar un convento, y las otras dos partes las repartiremos entre los dos.

—¡Eres mi hermano! gritó Armengol enternecido: yo fui como Cain.

—¿No lo he sido yo también? repuso Arnaldo con ternura.

—¡Ah! no aceptaré tu generosa oferta.

—Hermano, soy el primogénito y debes obedecerme.

—Pues bien: se cumplirán tus votos.

Don Ramon Berenguer hizo muchas mercedes á todos los caballeros de su corte; al conde de Urgel se adjudicó una parte considerable de Lérida por lo que había contribuido en su conquista.

La hija de Aben-gamia abrazó la religion verdadera en la capital del mundo católico y fué la esposa del conde de Molleruca, título que dió el conde-rey á su marido, su embajador cerca de la santa sede, todo á instancias del conde de Urgel.

Arsenda, bien sea por sufrimientos ó bien por el dolor de su situación entre los dos hermanos, murió un año después, y entonces Arnaldo hizo un viaje para visitar su tumba.

El conde de Molleruca fué nombrado principe del S. I. R. bajo el título de San Pablo de *Acqua-santa*, en memoria de la conversión del apóstol parecida á la de Arnaldo, y del bautismo que recibió Zulima de manos del mismo pontífice. De ellos descende una familia de las mas ilustres que en la actualidad encierra Roma.

J. FERRANDIS.

MONUMENTOS ESTRANGEROS.



Hospital de Beaune en Francia.

ESTUDIOS RECREATIVOS.



Pietro moribundo, contando su historia á Magdalena y Anselmo.

LA PROMETIDA DEL CONTRABANDISTA.

I.

EL PARADOR DEL GALLO.

—Magdalena, debe ser cerca de las doce.

—Ahora mismo acaban de dar en el reloj de Chiasso..... Escuche vd. *nono* (abuelo) el fabordon de Como aprovecha el silencio que reina para enviarnos las buenas noches con tono grave y sonoro.

—Mucho tiempo hace que para mí no envía nada; cuando quiero que me diga algo tengo que ir á su lado los días de fiesta solemne en ocasion que aturde la ciudad con su volteo, y aun así me produce el mismo efecto que un palillo al sacudir esteriormente un perol de cobre. Quince años ha que no la oigo.

—No pierde vd. gran cosa, nono!

—¡Recuerdos queridos, hija mia, recuerdos amados!... No siempre me he visto reducido como ahora al estado triste de inválido; yo tambien he tenido mis días felices; he amado como amas tú á Gaetano, y entonces esa vieja campana era para mí una verdadera amiga, porque su alegre tañido me llamaba á Como, donde aguardaba con su sonrisa encantadora mi pobre Rosina, tu abuela. Bailaba con ella, y todos los

TOMO VIII.

jóvenes de la ciudad me miraban con envidia celosos de mi felicidad.... ¡oh Magdalena! sobre mi pobre corazon pesa un secreto, le consume un recuerdo y le desgarran un remordimiento.... Tú participarás de mi secreto antes de mi muerte, porque es menester que reces por tu abuelito; es menester que cuando el pobre anciano haya abandonado esta vida de padecimientos pidas al cielo con mucho fervor por él.

—¿Por qué, nono, se entrega vd. á tan tristes pensamientos? ¿tiene vd. algun temor respecto de mi cariño? ¿ignora usted acaso que su recuerdo me será siempre grato, y que cuando deje vd. de ser oraré día y noche por la salvacion de su alma?

—Tienes razon, hija mia, tienes razon... pero dime ¿no te impacienta ya el que tardan tanto?

—No, Luigi me ha dicho que traian encages, y sabe usted que cuando se trata de fardos de valor toman muchas precauciones.

—De todos modos tardan demasiado y no puedo creer.... ¡Per la madonna!.... verse precisado á permanecer en un rincon de la chimenea como un niño cuando aun se siente uno capaz de.... ¡Oh! ¡es horrible!

El que así se espresaba era Pedro Sarti, anciano octogenario, que no obstante su edad avanzada, parecia aun enérgico y resuelto; su ademan fué imponente al pronunciar la última frase; crispáronse convulsivamente sus manos al mismo

tiempo que tendía rigidamente los brazos, y de un único y rápido arranque se puso de pie profiriendo una tremenda blasfemia. Sin embargo, este furor se calmó muy pronto del modo que se calma cuando sirve solo de tránsito á una idea consoladora; el anciano cobró su posición en el rincón de la chimenea sobre un taburete de madera, llevó la pipa á sus labios y dió vuelta al vaso de vino que hacia calentar.

Un chaqueton de tela tupida y de color verde botella, un pantalón de lo mismo sujeto á la cintura con una ancha faja encarnada, un chaleco rayado de blanco y encarnado, un gorro de lana cuya larga manga le caía por la espalda, zapatos fuertes de cuero y sus correspondientes botines de lo mismo componían el traje del viejo contrabandista.

A corta distancia de él su nieta Magdalena, sentada junto á una mesa grande de nogal que sostenía un velón de incierta luz, se ocupaba en hacer media de lana. Magdalena tenía solo diez y ocho años, vestía un ceñido jubón de paño fino azul, corto de talle, y una falda de merino de fondo claro con ramos verdes y encarnados; parte de sus cabellos cortos y rizados coronaban su frente, al paso que el volumen de los demas cuidadosamente enrollados y ceñidos á la parte inferior de la cabeza dejaba adivinar lo abundante de sus trenzas. Una aguja de plata cuyas estremidades terminaban en dos óvalos de lo mismo cruzaba por su cabellera, y dos grandes arracadas de oro y una interminable cadena de Venecia completaban el adorno de su persona. En la actitud que guardaba se la hubiera tomado por una de esas bellísimas vírgenes creadas por el genio de Rafael, á no ser por el movimiento prodigiosamente acelerado de sus lindas manos al teger el hilo de lana.

El aspecto del aposento en que se hallaban el anciano y la jóven no dejaba la menor duda acerca de su profesión; descubriase una gran cubeta de cobre brillante como el oro, llena de agua, ensanchada hácia la boca y de forma ovalada y fondo plano; sustentaba este gran depósito un trípode de madera; por encima había diferentes órdenes de vasares que contenían muchas pintas de barro y de vidrio, una vajilla de estaño y gran número de cubiertos de estaño y de madera; mas allá en la prolongación del muro y pegado á él había un gran tablero que servía de sostén á una especie de pupitre que contenía platos y cacerolas variadas, viandas fiambres, preparadas al parecer de antemano para los consumidores que aguardaban; cerraba aquel aparador una espesa rejilla de madera cubierta con una gasa blanca.

Un gato privilegiado, verdadero Benjamin del viejo Pietro, dormía á su lado acurrucado en una silla; sobre la puerta que conducía á las habitaciones interiores se veía un gentil pajarillo, cándido confidente de la pureza de los amores de Magdalena, que reposaba tranquilamente con el pico oculto bajo el ala matizada de mil colores. Dos lienzos representando asuntos históricos pintados al óleo á fines del último siglo, y bastante bien conservados dentro de sencillos marcos de ébano, interrumpían la blanca desnudez de las paredes. Ramos secos de parra que conservaban algunos racimos de arrugadas uvas, y unos cuantos salchichones simétricamente colocados pendían del techo. Considérese además de todo esto un escopeton reforzado, la gran mesa de que hemos hecho mérito flanqueada por dos bancos, algunas sillas de paja, dos ó tres candeleros de cobre sobre la meseta de la chimenea, así como una linterna para cuando había que bajar á la

cueva, y se tendrá daguerreotipada la sala principal, *Parador del gallo*, propiedad de *Pietro Sarti*.

Más allá de este aposento había otros dos mas pequeños, amueblados del mismo modo con corta diferencia, los que comunicaban por un corredor al granero bajo, á cuya derecha había una escalera que daba ascenso al piso principal, y único, lo mismo que al granero alto; y á la izquierda la continuación de la misma que daba paso á la cueva y á un subterráneo practicado en las entrañas de la tierra á una gran profundidad.

Las tres piezas del piso alto contenían cada una su gran cama, como es de costumbre en Italia, baules llenos de ropa blanca, algunas sillas de paja y un reclinatorio coronado de un crucifijo.

Este parador, situado en terreno quebrado, al pie de un estenso valle del territorio suizo, próximo á la línea de demarcación de la frontera lombarda, era propiedad hacia mas de un siglo de la familia Sarti, enemiga declarada de padre en hijo de todo arancel y sus imposiciones; así que esta circunstancia, además de su ventajosa posición, le constituían en cómodo y seguro asilo de contrabandistas.

El aislamiento completo de esta casa era causa de no ser frecuentada por los aldeanos de las cercanías que no amaban tener que andar un cuarto de legua para beber un vaso de vino malo, pues de tal calidad se servía de intento cuando la casualidad traía á alguno á casa del viejo Pietro.

Los contrabandistas al contrario, hallando siempre alojamiento cómodo, buen vino, mesa abundante y excelente acogida, la frecuentaban exclusivamente. De vuelta de Chiasso, y muchas veces de Mendrisio, donde cargaban de mercancías, descansaban con mucho gusto en casa de su cofrade para partir de nuevo con mas aliento y energía, pues aunque de allí había poco camino que andar para verse en seguridad, era precisamente este poco lo mas peligroso, porque le constituían sendas mal trazadas á través de montañas escarpadas y de bosques espesos, muy activamente vigilados por los aduaneros de la frontera lombarda.

Sin embargo, fuerza es advertir que no les asustaba gran cosa la vigilancia de los aduaneros, porque en rigor no son muy temibles; en Lombardia está demasiado desconsiderada esta clase para que se alistén en sus filas hombres capaces de ganarse la vida de cualquiera otra manera; y como por otra parte los contrabandistas en general son mas aficionados á convenirse amigablemente que en venir á las manos, acontece las mas veces que toma el aduanero de buen grado una gratificación por separarse del camino de los contrabandistas.

Constituía la familia de Pietro Sarti, su hijo Luigi, padre de la hermosa Magdalena, y de Anselmo, jóven de catorce ó quince años, nieto también del posadero. Magdalena se había criado en Chiasso en casa de una tia, hermana de su madre, y Anselmo en Lugano, en casa de Gaetano, un amigo de la familia que debía casarse con Magdalena. Los padres de este niño no existían hacia mucho tiempo, como tendremos ocasión de comprender mas adelante.

Al cabo de un prolongado silencio murmuró el viejo Pietro como hablando consigo:

—Un sordo no sirve de nada cuando se trata de burlar los esbirros de la línea, y de escucharlos para sentir el ruido de sus pasos de zorro á una milla de distancia. ¡Y yo no oigo ni aun lo que hablan á mi lado como no me sirva de esta malha-

dada trompetilla! ¡Condenada está el alma del infame aduanero que me obligó á entrar en el panteón de los inválidos!...

Un rayo de siniestra alegría desarrugó la frente del anciano mientras profería estas palabras:

—Que por lo que hace á su cuerpo.....

Pietro no acabó la frase: al cabo de un instante irguió su cabeza meciéndola, al propio tiempo á modo del que trata de desvanecer un pensamiento importuno. En seguida vació de un trago un vaso grande de vino y comenzó á fumar murmurando una canción del país.

El anciano no había oído una voz sombría que contestó á su última palabra con la palabra *asesino*! No había reparado tampoco en el espanto que se pintó en la fisonomía de Magdalena al escuchar esta voz misteriosa, esta acusadora exclamación lanzada desde la semi-oscuridad de la sala por un ser invisible.

Pietro acabó tranquilamente de fumar su pipa, bebió otro vaso de vino, y volviéndose repentinamente dijo á su nieta al observar que cada vez daba menos luz el velón:

—¿Te duermes?

—No señor, abuelo, murmuró la joven con apagado acento.

Entonces Pietro que no había comprendido esta contestación, añadió:—Echa aceite al velón y vete á dormir, que estarás muy cansada.

—¡Y no cree vd., exclamó la joven temblando y obedeciendo la primera parte de la orden de su abuelo, que disgustaría así á Gaetano!

Pietro aplicó la trompetilla acústica á su oído y contestó:

—Tienes razón..... ¡Oh! ¡cuánta abnegación hay en la mujer!

—¡Es tan bueno! añadió timidamente Magdalena tomando del vasar la botella del aceite y dirigiendo una mirada de temor hacia la puerta; además es mi prometido y debo preveer sus menores deseos.

El anciano sonrió, dejó caer la trompetilla que llevaba colgada del cuello y empezó á cargar otra pipa diciendo:

—¡Dentro de ocho días podrás decir mi marido, picarilla! Dentro de ocho días, ¿oyes, Magdalena? De intento, sin decirte nada, he precipitado el momento que ansiabas.

Apenas Pietro había pronunciado estas palabras, cuando resonó una carcajada irónica é infernal que aterró á la joven: cayeron de sus manos al suelo el velón y la botella, y corrió á refugiarse al lado del anciano exclamando:

—¡*Santa Madre di Dio!* (¡Santa Madre de Dios!)

—¿Qué es eso? preguntó Pietro poniéndose de pie.

—¡Es *él!* replicó Magdalena en voz alta.

—¿Quién? preguntó aun el anciano inclinándose para oír mejor.

—¡Ese hombre, Giovanni!

—¿Está aquí? exclamó Pietro; ¡él aquí! repitió temblando de cólera y dirigiéndose hacia la puerta con la escopeta que estaba en el rincón próximo á la chimenea.

—¿Qué va vd. á hacer, abuelito? murmuró Magdalena cogiendo á Pietro por el brazo. Si me ama vd. no cometa vd. un crimen. Solo Dios puede quitar lo que únicamente él tiene derecho á conceder.

Pietro, exaltado de cólera, se disponía á rechazar á la joven, cuando llamaron á la puerta con violencia al mismo tiempo que decía una voz muy conocida del anciano y la joven:

—Magdalena, abre, hija mía.

—En verdad que somos unos locos alarmándonos sin motivo. Es Luigi; enciende el velón, hija mía, mientras voy á abrir.

Magdalena se apresuró á obedecer sin replicar, no obstante estar muy convencida de lo bien motivado de su temor; conocía demasiado que no era la voz de su padre la que antes había llegado á sus oídos.

Luigi entró al mismo tiempo que Gaetano, esposo futuro de la hermosa Magdalena, y ambos, precedidos de Anselmo y seguidos de otros diez jóvenes robustos de aspecto arrogante, armados hasta los dientes y cargados de fardos. Todos estos hombres vestían como Pietro sin mas diferencia que la tela del gorro que era impermeable, en vez de ser de lana, y todos eran contrabandistas á las órdenes de Luigi y Gaetano; venían de Mendrisio y se dirigían á Como por las montañas y el lago. Hasta entonces el camino que habían recorrido no ofrecía riesgo alguno; pero ahora, desde su partida del parador iban á empeñarse en territorio austriaco, y comenzaban á estar en el caso de ser considerados en fragante delito. Por lo tanto, fué su primer cuidado, después de echar al suelo su *bricole* (carga de un contrabandista), inspeccionar las armas con minucioso esmero.

Sin embargo, Gaetano se acercó á Magdalena, y la dijo en voz baja:

—Alguien se ha alejado de aquí cuando nos acercábamos nosotros.

—No puede ser otro que ese miserable que me da tanto miedo, y que viene siempre á asustarme cuando nos quedamos solos en casa el abuelo y yo, replicó la joven en el mismo tono.

—¿Giovanni? preguntó Gaetano con ansiedad.

—Sí.

—¡Camaradas! exclamó el prometido de Magdalena; el que hemos visto que huía es Giovanni..... no debe estar muy lejos, vamos á seguirle la pista. Diciendo de esta suerte salió del parador acompañado de su gente.

—¿Será verdad? murmuró sordamente el anciano tomando otra vez su escopeton y corriendo á reunirse con ellos.

Magdalena quedó sola con Anselmo.

—Prima mía, dijo, por fin vas á desembarazarte de una vez de esa mala sombra.

—¡Oh! no, replicó temblando la joven; Dios no permitirá que tal desgracia pese sobre nuestra familia, ¡y yo soy la causa involuntaria de su furor! ¡*Madonna santissima!* tened misericordia de nosotros.

Arrasáronse de lágrimas los ojos de Magdalena, cayó al suelo de rodillas y comenzó á rezar.

Anselmo guardó silencio contemplándola; en seguida después que acabó su oración y se puso de pie, dijo profundamente conmovido:

—¡Magdalena, si ese hombre matase á tu padre ó á tu futuro defendiéndose!...

—¡Ahora no, mas tarde! interrumpió un hombre alto, demacrado y pálido que apareció en el umbral de la puerta que había quedado abierta.

—¡Siempre aquí! Ese miserable me hará morir de miedo, murmuró la joven.

—¡No, es menester que vivas, puesto que debes ser mía! replicó el mismo personaje eclipsándose en la oscuridad al ver que Anselmo le iba á apuntar con una pistola.

El niño iba á lanzarse tras de Giovanni, pero Magdalena le detuvo gritando:

—¿Vas á emponzoñar tu vida con un crimen, Anselmo?
—¿Y hemos de dejar que trate de llevar adelante su amenaza? replicó el jóven.

—¡Es menester confiar en Dios!

Anselmo reflexionó un instante, al cabo del que añadió por vía de observacion;

—Es justo.... además Gaetano es hombre que sabrá defenderte.

A este tiempo sonó un tiro algo distante del parador. Magdalena palideció.

—¡Jesus! murmuró,

—¡Es el trabuco de Gaetano! exclamó Anselmo; le conozco bien.

—Calla.

—Escuchemos.

Escucharon un buen espacio sin que el mas leve rumor interrumpiera el silencio imponente de la noche.

—¡Nada se oye! balbuceó Magdalena con terror.

—¡Nada! repitió su primo con impaciencia.

—¡Oh Dios mio, Dios mio!

De nuevo callaron y volvieron á escuchar.

—¡Tengo precision de ver lo que pasa! exclamó por fin Anselmo dirigiéndose á la puerta,

—¿Y te atreves á pensar en dejarme sola?

Anselmo volvió á su lado.

—¡Este silencio es horrible! murmuró la jóven al cabo de pocos instantes.

—Calma, prima, calma.



El aduanero Giovanni arrebatando á Magdalena.

Al mismo tiempo resonó la detonacion de muchas armas de fuego. Magdalena se prosternó de nuevo rezando con fervor; Anselmo se dirigió al umbral de la puerta,

A poco cesaron los tiros y empezaron á oirse ayes, imprecaciones, gritos de llamada, lamentos y blasfemias, todo confusamente al principio, pero gradual y progresivamente mas claro y cercanos al parador.

—Segun creo, no llevamos lo mejor de la refriega, dijo Anselmo con ansiedad; parece que nos batimos en retirada y yo no tengo mi parte en el peligro. Mira, prima, tengo precisamente que marchar al momento, pero vuelvo al instante; no estaré ausente mas que el tiempo absolutamente indispensable para enterrar una bala en el cuerpo de un aduanero.

—¡Oh! ¡no me abandones, no me abandones! gritó Magdalena sobrecogida de terror; pero Anselmo estaba ya distante y no oía sus súplicas.

La jóven siempre de rodillas, cubrió el rostro con sus manos y siguió rezando.

De improviso se sintió arrebatada por un brazo de hierro.... abrió los ojos, y murmuró desmayándose:

—¡Otra vez este hombre!

A este tiempo aparecieron á la puerta del parador Luigi y Gaetano.

—¡Atrás! Si dais un paso, la parto el corazon; gritó Giovanni tirando de un puñal que llevaba al cinto y amenazando el pecho de la jóven.

Luigi y Gaetano quedaron inmóviles ante el peligro de Magdalena.

El tiroteo comenzó de nuevo.

Giovanni ofrecia un aspecto horrible; sus ojos lanzaban llamas; sus labios estaban espumosos, y su frente cubierta de sudor; vestia el uniforme de aduanero, pero este vestido estaba cubierto de lodo y sangre.

—¡Paso, exclamó de nuevo; paso franco ó la mato! ¡per la Vergine Maria!

Luigi y Gaetano permanecian mudos de estupor, pero en tanto que vacilaban entre la vida y el honor de Magdalena fueron acometidos por seis aduaneros y obligados á defenderse de un ataque imprevisto. Giovanni aprovecha hábilmente esta ocasion gritando á sus camaradas:

—¡Firmes algunos instantes, amigos míos! y se lanzó del parador llevando á Magdalena en los brazos.

II.

PIETRO SARTI.

Anselmo se engañaba al presentir que los contrabandistas venian en derrota. He aqui lo que acontecia en el campo. Una vez fuera del parador, en persecucion de Giovanni, se abrieron en ala con objeto de guarnecer todos los senderos y no dejar salida alguna al hombre cuya muerte deseaban. El odio de los contrabandistas subalternos no reconocia mas causa que la tenacidad del aduanero entenderles lazos y emboscadas. El de Luigi y Gaetano por la especie de persecucion que ejercia con Magdalena; el de Pietro provenia de otro origen distinto que conoceremos mas adelante.

El aduanero por su parte habia jurado á todos una execucion profunda, sin mas razon que la de hallarse enlazados por vinculos de sangre ó de interes con Pietro, de quien tenia que tomar una venganza implacable que estendia hasta sus aliados.

Gaetano, el mas atrevido, mas ágil y mas fuerte de los con-

trabandistas, ardía en deseos de medir sus fuerzas con este hombre, su enemigo personal por tantos títulos, y adversario digno en cuanto al valor y habilidad en el manejo de las armas. Llevado de este impulso, pasó la línea del territorio austriaco, donde muchas voces á un tiempo comenzaron á gritar:

—¡El *Mostaccino*, el *Mostaccino*! detenedle.

Gaetano debió este apodo á sus bigotes pequeñitos.

Luigi y él eran los únicos de su tropa que habitaban el suelo suizo, y como siempre habían escarmentado á los aduaneros, pesaba sobre su frente mas de una condena por contumacia. Con sus camaradas no sucedía lo mismo, pues viviendo casi todos en Como habían sufrido las penas de prision siempre que se les había cogido infraganti, y por lo tanto no tenían cuentas pendientes con la justicia.

—¡Al *Mostaccino*! repitieron los esbirros envalentonados con ser muchos. (1).

—A todos juntos no os temo, exclamó Gaetano parapetándose tras un árbol corpulento; en seguida añadió apuntando con el trabuco; al primero que se mueva le abraso.

Los aduaneros titubearon porque sabían que *Mostaccino* no erraba jamás el golpe; mas á pesar de ello y del aviso, el mas joven y mas intrépido de la tropa, dió un paso hácia el contrabandista que fué el último de su vida. No obstante, como eran muchos, puede considerarse cual hubiera sido el resultado de lucha tan desigual á no ser por el auxilio de los camaradas que corrieron á ayudar á su jefe al sentir el disparo; entonces se empeñó el tiroteo; los contrabandistas, aunque inferiores en número, ganaban terreno á cada descarga, y ademas consiguieron, merced á una rápida maniobra, ponerse á retaguardia del enemigo y rechazarlo hácia el parador.

En tal ocasion fué cuando Gaetano y Luigi vieron la direccion que tomó Giovanni y siguieron sus pasos. Antes de este momento fué tambien cuando Anselmo dejó sola á Magdalena y salió del parador; una vez en el campo de batalla, y despues de habérselas con un aduanero, á quien derribó de un pistoletazo, como habia ofrecido á su prima, trató de regresar á buen paso para cumplir la segunda parte de su promesa; mas apenas habria andado la mitad de la distancia que le separaba del parador, cuando divisó á Giovanni con Magdalena en los brazos. Mas rápido que el pensamiento se tira el valeroso niño á los pies del aduanero, le derriba á tierra, se echa sobre él, y poniéndole á la sien la segunda y única pistola que le quedaba cargada, grita:

—Si respiras siquiera te salto el cráneo. Tú, Magdalena, añadió dirigiéndose á su prima que habia venido al suelo con el aduanero; sálvate, corre.

Pero Magdalena no habia vuelto de su desmayo, y permanecía sin movimiento. Un minuto mas, y tal vez las fuerzas de Giovanni hubieran puesto en duro trance al animoso Anselmo; pero afortunadamente acertó á pasar bastante in-

mediato para que le oyera un contrabandista á quien gritó:

—¡A mi, *Sfroza-Gesu*! (1) ¡A mi!

Llegar, desarmar al aduanero, y alzar sobre él su puñal, fué una misma cosa para el recién venido; iba á herirle, cuando Anselmo, tan generoso como intrépido, le detuvo diciendo:

—No mates un hombre indefenso, *Sfroza-Gesu*. Esa sería hazaña digna de un aduanero, pero jamás de un contrabandista.

Dirigiéndose á Giovanni, añadió:

—Si yo te libro de la muerte, miserable esbirro, es poniendo por condicion que has de jurar respetar la de todos los míos.

Sfroza-Gesu permanecía aun con el puñal en la mano. Giovanni se mordió los labios hasta ensangrentarlos; pero pronunció la palabra «lo juro.» Dijo, y desapareció velozmente.

El niño tomó el camino del parador, acompañado de *Sfroza-Gesu*, y conduciendo á la pobre Magdalena.

Entretanto el eco de las montañas hizo que llegara el rumor del tiroteo hasta la aduana austriaca situada en el camino cerca del puente de Chiasso. El oficial del puesto militar destacó quince hombres á las órdenes de un sargento en auxilio de los aduaneros, lo que hizo que se vieran los contrabandistas, ocho contra treinta.

Sostenían el combate sin embargo, para proteger el regreso de *Mostaccino*, de *Sfroza-Gesu* y de Anselmo; mas despues se empeñó una lucha mas terrible cuerpo á cuerpo y al arma blanca; el que moría moría veinte veces, y el que caía herido sabía que le esperaba la muerte mas horrible; á poco no se servían ya de las armas para poder manejar mejor los brazos; luchaban como fieras rabiosas despedazándose con las uñas y los dientes; era un combate de tigres iluminado por la luna, y al que prestaba un aspecto mas feroz la nieve de que estaba cubierto el suelo, porque cada gota de sangre que caía, imprimía su huella en aquella ancha mortaja.

Mostaccino, despues de mandar á Anselmo al parador, buscó al hombre que tanto aborrecía, y se precipitó sobre él.

Mientras este duelo terrible, Luigi, fuera de combate, se retiró al parador como Anselmo; Magdalena, despues de aplicar á las heridas un bálsamo que conservaba de su familia, oraba á Dios pidiéndole conservase la vida á su padre. Este por su parte, sin la dulce violencia de su joven hija, hubiera intentado á despecho de una muerte inevitable reunirse á sus camaradas.

A este tiempo tocaron débilmente á la puerta y despues de un momento de atencion se estremecieron dolorosamente padre é hija al escuchar una voz apagada y suplicante que pronunció con trabajo:

—¡Magdalena!.. abre... pronto... ¡soy yo!

No obstante la agitacion convulsiva de que estaba poseida Magdalena, bajó á abrir la puerta con la rapidez del rayo.

Era el viejo Pietro cubierto de sangre y de barro, y que livido como un cadáver se arrastraba con pies y manos. Subió con mucho trabajo la escalera ayudado de Magdalena, y se dejó caer sin aliento á los pies de la cama; en seguida

(1) De *sfrozar*, palabra del dialecto milanés, que significa hacer el contrabando.

(1) En Lombardia, aduanero es por una estraña preocupacion sinónimo de esbirro; solo la hez de la sociedad puede resignarse á llevar un nombre como este por un miserable salario; pues si bien hay algunas gentes honradas, son pocas; la generalidad es inesperta y siempre dispuesta á venderse. Nosotros estamos en el caso de hacer esta observacion en un país como España, donde los agentes del resguardo son apreciados, puesto que generalmente son soldados veteranos, que han probado anteriormente su celo y su valor en las filas del ejército.

se incorporó un poco exhalando apagados gemidos á fin de ver quien habia en aquel lecho que era el suyo.

—¡Luigi! ¡hijo mio! exclamó postrándose de nuevo. ¡Tú tambien! añadió, ¡ha de sucumbir toda la familia á los golpes de ese infame!... ¡oh! ¡Maledetto Dio!

—¡Nono! exclamó Magdalena asustada de la blasfemia y cogiendo una de las manos del anciano para besarla.

—¡Jesus! exclamó á su vez Pietro; no toques esa mano, Magdalena; tengo roto ese brazo, como tambien la pierna y dos costillas.... ¡Y es él, siempre él, siempre el maldito!.....

—¡Hágale Dios sentir la pesantez de su justicia! murmuró Magdalena sollozando.

—¡Oh! ¡venganza!... ¡venganza!...

El anciano, exclamando de esta suerte probó á incorporarse; pero un nuevo é insoportable dolor le postró otra vez arrancándole otra blasfemia. Al cabo de un instante añadió con acento desesperado:

—Si tú mueres, Luigi, ¿quién me vengará de ese hombre?

—¡Yo! replicó Anselmo que hacia pocos instantes observaba esta escena ¡yo!

—¡Oh, si, tú! murmuró Pietro vertiendo á su pesar un raudal de lágrimas; ¡tú que eres joven, tú que tienes delante de ti una vida entera! Estoy destrozado; no me chispea la vida mas que para poder dejar á alguno mi venganza. Mirame; mira tambien á tu tio. ¿Sabes á quien debemos la muerte que nos espera?... ¡A Giovanni!... ¡el hijo maldito de un padre maldito!... El padre pagó su deuda.... ya te lo contaré todo antes de cerrar los ojos.... pero el hijo, el hijo; ¡Vergine de Dio!!

—¡El hijo la pagará tambien, observó Magdalena, porque Dios es justo y no deja impune al crimen!

—Cuando sali de aquí, añadió Pietro con mas calma, fué para correr tras las huellas del infame, pero en vano.... El ruido del tiroteo penetró en mi corazon á pesar de la sordera, y al punto me dirigí al sitio de la refriega, aunque no con intento de mostrarme al enemigo. Me escondi tras una peña sobre la escarpa de un cerro, y desde allí enviaba la muerte á los esbirros sin poder olvidar al que deseaba matar, aunque fuera á costa de mi vida. Cargaba mi escopeta por cuarta vez, y como me hallaba echado en tierra para no ser visto, inclinaba un poco el cuerpo hácia la escarpa para poder valerme del arma, cuando resonó en mi oído un acento horrible, la voz de ese verdugo que gritó: ¡Infame asesino! y antes de que pudiese reconocerla me cogió por las piernas y me precipitó por la escarpa del cerro abajo, de mas de cuarenta pies de altura.

Magdalena lanzó un grito desgarrador y se tapó la cara con las manos; Luigi exhaló un profundo gemido, y Anselmo apretó los puños con furor, murmurando:

—¿Y despues? despues, repitió Anselmo.

—Nada, ¡la muerte!

—Pero esa historia....

—Mucho voy á padecer contándola; pero.... no importa.... asi aprenderás como debe vengarse un hombre de corazon. Anselmo y Magdalena se dirigieron á la pieza contigua á buscar un colchon; colocaron en él al anciano, quien comenzó de esta suerte su relacion.

—Tenia veinte y nueve años; mi padre y mi madre habian muerto hacia largo tiempo, encontrándome por lo tanto solo en el mundo, libre y dichoso. Como todos los demas jóvenes iba á Como los domingos y dias de fiesta, y tambien co-

mo ellos, á la iglesia primero y despues á la *cantina* (1). En estos dias veia muchas jóvenes seductoras y virtuosas, pero aun mi corazon no latia por ninguna; yo envidiaba á aquellos de mis amigos que estaban enamorados. ¡Qué insensatez! Durante el carnaval de 1779 me convidó un camarada de mi padre á un baile que daba en Como y yo acepté con alegria su invitacion. Nunca hasta aquella ocasion habia visto á la hija de este hombre que era tan buena y tan hermosa como tú, Magdalena. Al cogerla de la mano para bailar experimenté una turbacion que me robaba la facultad de hablar; esto queria decir que me habia llegado la vez, y asi, despues de este baile, no envidiaba la felicidad de mis amigos. Los dias los pasaba en Como con la esperanza de verla, y las noches, despues de terminados mis quehaceres, bajo las ventanas de su cuarto. Asi pasó un mes, mes de suprema felicidad para mí; pero al cabo de este tiempo relevaron la guarnicion de aduaneros de la provincia, y uno de los gefes recién venidos experimentó como yo la influencia de la belleza de Rosina. Estaba en su derecho, nada podia echarle en cara, pero me abrasaban los celos; y como por otra parte se avenia bien en nuestros negocios, no habia medio de buscar querella. Le hablé, pues, francamente de mi amor, y le convencí de que era menester renunciáramos á Rosina para siempre uno de los dos. Fué de la misma opinion, por lo que de comun acuerdo decidimos pedir ambos á la vez la mano de la joven, jurando por la cruz que aquel á quien no favoreciese la eleccion del padre, olvidaria á la hija. Pintaros mi ansiedad mientras aguardaba esta suprema contestacion, seria tentar un imposible. Por fin, al cabo de dos dias vino á decirme la persona á quien encargué dar los pasos conducentes, que era yo el elegido por el padre de Rosina, y que no restaba mas que fijar el dote y designar la época de la celebracion del matrimonio. Pensé volverme loco de alegria. ¡Cuan bella me pareció la ciudad de Como cuando entré en ella para tener una entrevista con la muger que amaba! Di cuenta á Hipólito de mi felicidad, el cual me apretó la mano y prometió no ocuparse mas de Rosina. Hipólito era el aduanero, padre despues de Giovanni. En 1780 se instaló en mi casa un ángel, que me trajo con la bendicion del cielo, la felicidad á mi existencia, y la prosperidad á mis negocios. Sin embargo, esta dulce tranquilidad fué poco duradera; mi establecimiento era público, y por consiguiente tenia todo el mundo derecho de entrar á refrescar pagando; el desleal Hipólito aprovechó esta circunstancia para acabar mi dicha. Yo le confesé lo que me hacia sufrir su asiduidad, á lo que contestó el infame tratando de convencerme de que estaba perfectamente curado de su pasion y de que podia frecuentar mi casa sin peligro. El perjurio mentia, pero la bondad y virtud de mi muger hacia entrar en razon mis celos. Al cabo de un año tuve la fortuna de que trasladaran á Hipólito á otro punto; permaneció ausente ocho años, y durante este tiempo fué tan grande mi felicidad, que me hacia temer á cada paso alguna gran desgracia, porque todo cristiano debe llevar su cruz, y presentia demasiado que no seria yo escepcion de la ley general. Este presentimiento no era sino muy fundado; Hipólito volvió de nuevo á la provincia, y por consecuencia á mi casa. Tenia yo entonces dos hijos, tu pobre padre, Anselmo, y tu, Luigi, que contabas doce ó quince meses; Hipólito venia á mi parador, bebia y pagaba mi vino y me apretaba la mano como antes, pero el traidor procuraba seducir á mi muger

(1) Taberna.

cuando la veía sola, llevando tan adelante su persecucion, que Rosina se quejó á mi. Entonces le prohibi formalmente pusiera los pies en mi establecimiento, por lo cual me prometió una guerra sin tregua: desde aquel momento no pasó día sin ocurrir algun encuentro entre los aduaneros y los míos, y sin embargo, los hombres que me mataron en dos meses no equivalia en nada al desastre que me amenazaba. ¡Oh hijos míos! ¡gran esfuerzo me es necesario para contaros esta ignorada desgracia!

El viejo Pietro dejó escapar sollozos desgarradores; sus hijos lloraban tambien profundamente conmovidos de la desolacion que se retrataba en su rostro.

Despues de un prolongado silencio irguió el anciano la cabeza y prosiguió:

—Acababa de estallar la revolucion francesa. La Italia, conmovida por este sacudimiento político se agitaba sordamente y hacia reinar en el pais cierta inquietud, cierta efervescencia que mantenía calientes las cenizas del desorden. Esta era una época preciosa para los criminales porque les aseguraba la impunidad... Despues de sostener un combate con los aduaneros, en el que perdieron mucha gente porque no tenían á su gefe á la cabeza, llegué á mi casa una madrugada, triste, silencioso y cansado de aquella vida azarosa. Algunos pasos antes de la puerta, saqué del bolsillo la llave porque apenas era de día... pero ¡trabajo inútil! la puerta estaba de par en par!... Penetré en casa lleno de sobresalto, subí presuroso aquí... en este mismo cuarto... que era la habitacion de Rosina, y su cama esa misma y esos muebles los que traje en dote! Todo estaba en su lugar, pero Rosina no contestaba á mis desesperados gritos... ¡Oh, el que no se haya visto nunca en trance semejante, no puede comprender lo que pasaba entonces por mí... ¡Estaba loco ó próximo á volverme!... La voz de mi pobre Andrés me sacó de mi delirio.... El niño no tenía mas que cuatro años... «¡Papa! exclamó corriendo hácia mí, un esbirro ha llevado á mamá en brazos!...» Vine al suelo sin sentido y no volví en mí hasta por la noche, y eso para verme acometido de la idea del suicidio; sobrevivir á mi muger hubiera sido doloroso, pero á su deshonra me parecía imposible!... Sin embargo, Andrés gritaba que tenía hambre! Luigi se aspaba á llorar en la cuna... era padre, y aun pude cobrar valor para sobrellevar una vida mil veces mas terrible que la muerte!... Todas las pesquisas de la policía fueron inútiles; no se volvió á hablar de Hipólito en la provincia durante muchos años... pero entretanto aun me estaba reservado sufrir como padre por causa de aquel malvado. Un año despues de su desaparicion recibí una carta con sello de Francia, en la que se me participaba que Rosina había muerto en un hospital al dar á luz un niño, añadiendo, que un militar llamado Hipólito A... había proijado por caridad al recién nacido. Un cura me daba cuenta de todos estos pormenores. Esta carta me produjo una calentura y un delirio incesante, que me duró seis meses. Tú, Luigi, tú que has amado, tú que has tenido una esposa, comprenderás los tormentos que sufrí. Recobrado de mi larga enfermedad, me hice una reflexion: muerta ella, todo acabó para mí; la vida no podía serme grata mas que por el propósito que hice de habérmelas con Hipólito para vengarme! vengarme! este era mi pensamiento, mi fuerza, era toda la felicidad que podía esperar aun! Me consagraba á mis hijos, cuyas pobres criaturas me ofrecían consuelos y alegrías inesperadas... ¿cómo preveer que les reservaba á la ira del brazo de esa raza maldita!...

De nuevo interrumpieron las lágrimas á Pietro.

—Las aflicciones y desgracias puede decirse que prolongan la vida en vez de acortarla, prosiguió, las mías me hacían vivir á mi pesar. En 1814, á tiempo que los austriacos reemplazaron á los franceses en Lombardia, cumplía mi Andrés veinte y nueve años, y tú, Luigi, contabas veinte y seis; ya veis que hubiera podido morir tranquilo respecto de vuestra suerte, mas la esperanza de vengarme prestaba nuevo aliento á mi pecho. ¡Dios mío, Dios mío! ¿quién hubiera podido preveer?... Era una noche de invierno tenebrosa; no había luna, nieve ni estrellas; el cielo estaba cubierto de nubarrones espesos, y el piso resbaladizo y fangoso. Era una noche hermosísima para nosotros; cargados de fardos de considerable valor salimos de aquí á la una, quince hombres robustos y determinados. Nos precedía un niño que caminaba de explorador; yo á la cabeza de la tropa iba acompañado de Andrés: ¡el pobre hijo me amaba tanto! Luigi estaba ocupado en Lugano. Marchábamos con precaucion porque hacia poco tiempo que habíamos tenido una cuestion con los aduaneros, y harto sabeis que todo hay que temerlo de ellos cuando no hacen la vista gorda, mucho mas de los aduaneros de entonces que se diferenciaban mucho de los de hoy. A media legua de aquí, al llegar á las alturas, resonó la seña de alarma convenida de antemano; mis camaradas se pusieron en retirada hácia la espesura, y yo que iba mas adelante no tuve tiempo mas que para agacharme tras un vallado, la vista atenta y la mano en el disparador de mi trabuco. Pocos instantes despues desfiló á mi lado una numerosa partida de aduaneros que nos seguían esperanzados en hacernos abandonar las cargas. Me hallaba á orillas del sendero que traían; uno de estos condenados divisó á uno de los nuestros que estaba á poca distancia, y echándose el fusil á la cara, rasante con mi cabeza disparó; partió el tiro llevándome una oreja.... levanté la cabeza.... el hombre que acababa de dejarme sordo era Hipólito. Y la misma bala que me había herido á mí ocasionaba la muerte á mi hijo. Si, mi Andrés acababa de caer con el corazon traspasado. El asesino sintió el ruido que hice al incorporarme y pinchaba con su sable en el vallado, pero yo me puse de un salto fuera de su alcance y le apunté á mi vez... mi agitacion era tan inmensa, la presencia de este hombre me trastornó de tal modo, que no le acerté á seis pasos, cuando acierto á once golondrinas de doce disparos. Mi buena ó mala estrella me reservaba este hombre para venganza mas cumplida. Estos dos tiros fueron la seña del combate. Mis hombres quisieron vengar al hijo de su gefe; volvieron caras y acometieron á los aduaneros que se creían autorizados para matarnos cuando no les abandonábamos las cargas. ¡Qué noche, qué noche! ¡habíamos salido quince hombres y regresábamos ocho tan solamente! Desde entonces me fué preciso renunciar al mando en gefe; un sordo no sirve para soldado, y mucho menos para capitán; me resigné, pues, y llamé á Luigi que me reemplazó dignamente... Además que ya desde este día me eran indiferentes los negocios; mi enemigo estaba en la provincia y no pensaba en otra cosa que en apoderarme de su persona para vengar un crimen inaudito con un castigo inaudito tambien.... No había hallado justicia entre los hombres cuando me arrebataron mi esposa, y ahora quería tomármela por mi mano. Disimulé mi encono guardando mi secreto en el fondo del corazon; todos ignoraban quien era el que había dado muerte á mi hijo, y yo no lo revelé á nadie; se había olvidado que este hombre tenía una

cuenta que arreglar conmigo, y yo fingi haberlo olvidado tambien; pasaba el tiempo en las cantinas de Como, frecuentadas por los aduaneros, donde espiaba yo un momento favorable á la ejecucion de mis proyectos.

Una vez que me detuve mas que de costumbre, oí hablar á unos hombres de la partida de Hipólito, de una excursion que iban á hacer por el lago un cuarto de hora despues; pagué el gasto que habia hecho, y me dirigí al sitio donde habia caído mi hijo á impulsos de la bala del malvado, calculando que debía pasar por allí, si regresaba por tierra á su casa situada en las alturas. Mi esperanza no fué burlada, al cabo de una hora de espera divisé á la cabeza de la senda al asesino de mi muger y mi hijo; no llevaba mas armas que mi porra, y de ella me servi para derribar á mis pies á aquel hombre; le quité el fusil, las pistolas y el sable, y los arrojé á un barranco; en seguida saqué una cuerda fuerte de cáñamo que llevaba siempre á prevención desde la muerte de mi pobre Andrés, le até los pies y las manos, y le remolqué hasta aqui. ¡Estaba solo, solo con este hombre! pero me acordé que podia llegar alguno en aquel instante. Todos ignorais que debajo de nuestra cueva hay un subterráneo profundo, y que la puerta que conduce á él se halla oculta en el muro de la izquierda, á tres varas y media de la entrada.... la llave existe guardada en un doble fondo del segundo cajon de mi cómoda... A este subterráneo arrastré al asesino.... le até por los pies á una viga, y despues....

—¡Nono! exclamó Magdalena.

—¡Oh! ¡Dios me perdonará; habia sufrido tanto por espacio de veinte y cinco años, que bien podia serme permitido saborear ocho dias mi venganza

—¡Ocho dias! repitió Anselmo con estremecimiento.

—¡Si, le di sepultura al cabo de una semana, pensando sepultar con él todo pensamiento de odio, y esperar despues la muerte consagrado á la oración; pero aun era menester que su hijo viniera á envenenar mi agonía, porque no sabeis lo que pasa por mí desde que ese infernal aduanero ha aparecido en la provincia!... ¡Si! ese hombre, ese Giovanni, es el digno hijo de Hipólito, el fruto del rapto de mi pobre Rosina... ¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! Y ese hombre, hijo de mi bien amada, me destroza los huesos á mí, me mata el único hijo que me queda, y.... ¡Señor! ¡Jesus, velad por la Magdalena! ¡velad por la pobre huérfana!... Tengo momentos en que mi venganza es un consuelo, y otros en que una voz interior....

—Escuche vd. esa voz, ¡nono! exclamó Magdalena, es el cielo que habla á su corazon. Perdone vd. en esta hora suprema, y Dios tendrá misericordia y perdonará á vd.

—Son las palabras de un ángel, padre, murmuró Luigi, no las desoiga vd. A los que quedan, les resta la venganza, pero los que van deben perdonar.

—¿La venganza? repitió Anselmo, ¿no está cumplida ya? ¿La muerte de ese desgraciado aduanero no basta? ¿No fué harto cruel para hacer olvidar mil crímenes, para pagar por mil vidas?

—¡Anselmo, dijo el anciano sollozando, tú hablas como mis remordimientos!

—No, es que Dios ha tocado su corazon de vd. nono, pronunció la dulce voz de Magdalena; el Señor ha dirigido á vd. una mirada de misericordia, puesto que le hace experimentar ese saludable temor que conduce al arrepentimiento y que salva. Olvide vd. todo, abuelo; no hay que pensar mas que en Dios, ante el cual va vd. á comparecer.

—Pida vd. que le otorgue perdon de esa horrorosa semana de delirio, añadió Anselmo con unción. Prostérnese vd., abuelo, ante el Señor, que le miraba en el subterráneo.

—Sacrifíquese vd. todos los odios, todas las pasiones de este mundo, continuó Magdalena; siquiera en este momento supremo en que se abren para vd. las puertas de la eternidad.

—¡Padre! ¡padre mio! balbuceó Luigi.

—¡Dios misericordioso! exclamó entonces el anciano anegado en lágrimas; ¡quiere esto decir que al cabo de veinte y cinco años de padecimientos me haya hecho acreedor á vuestra gracia? ¡Oh Señor mio! no deploro mis angustias si por ellas os habeis dignado enviar á mi cabecera, en vez de un ministro de la religion, dos ángeles que me restituyen á vuestro seno! ¡Gracias; gracias, Dios mio! perdonadme como yo perdono á Giovanni.

Una exclamacion de alegría exhalaban las tres personas que asistian á esta escena, porque entrevieron en esta palabra sublime la eterna salvacion de su querido pariente.

—¡Magdalena! dijo Pietro aun, reza conmigo que mi cabeza se debilita por momentos.

Magdalena rezó con él, y Anselmo y Luigi contestaban á esta ferviente oracion, uno arrodillado, y otro desde el lecho con las manos levantadas al cielo, y con ese entusiasmo religioso que se observa en Italia, no solo entre los contrabandistas, sino tambien entre los grandes criminales.

—¡Agua! ¡agua! exclamó el anciano.

Magdalena le dió agua que bebió con mucho trabajo, en seguida cayó postrado sobre el colchon murmurando con voz casi estinguída.

—¡Os bendigo á todos, hijos míos!

Anselmo cogió su mano y la llevó á los labios: esta mano estaba yerta. El anciano acababa de exhalar su último suspiro.

Magdalena se arrodilló á su derecha, Anselmo á su izquierda, y recitaron el *De profundis*.

Tal fué la muerte de Pietro Sarti.

III.

¡BASTA!

Anselmo y Magdalena rezaron largo espacio al lado del cadáver de su abuelo. Cuando acabaron, la jóven apretó afectuosamente la mano de su primo, como para darle gracias de haber cooperado á la conversion de Pietro. Anselmo comprendió la intencion, y llevándola hácia el hueco de una ventana, mientras la extraordinaria debilidad de que estaba poseído Luigi le mantenía hácia un instante con los ojos cerrados, la dijo en voz baja:

—A pesar de todo, mataré á ese hombre si se obstina en desoir la voz de la naturaleza.

—¡Anselmo! exclamó Magdalena.

—Giovanni creia cumplir con un deber al arrojar á un precipicio el cuerpo de Pietro Sarti, porque ignoraba su historia; pero si estendiese su venganza á ti, prima mia, á tu padre y tu prometido, entonces cometeria verdaderos crímenes, y me daria el derecho de atentar á su vida.

—¡Anselmo! repitió Magdalena, ¿podrias tú crear un hombre?

—No.

—Pues entonces no tienes derecho á matarle.

—Tú no comprendes, prima; Giovanni ha empeñado una lucha á muerte con toda nuestra familia, y si no se le detiene en su camino, acabará con ella. ¡Si yo hubiera conocido nuestra posición respecto de ese hombre hace algunas horas, no tendríamos nada que temer de él, ó el brazo de Sfroza-Gesu nos hubiera librado para siempre de tan formidable enemigo..... Mas escucha..... añadió interrumpiéndose con sobresalto, no

se siente ruido alguno fuera!..... ¿tendremos que lamentar nuevas desgracias?

—¡Madonna Santissima! ¡Velad por mi prometido! exclamó Magdalena.

—Vamos abajo, Magdalena; yo iré delante. Bajaron, pero antes de dar un paso cargó de nuevo Anselmo sus armas.

Apenas acabó esta operación indispensable en aquellas circunstancias, cuando la joven, que escuchaba atenta-



Pietro, Andrés y Luigi.

mente cosida á una ventana, llegó á él y murmuró á su oído:

—Siento ruido de pasos.

Anselmo se arrodilló y permaneció escuchando por el pavimento algunos instantes, al cabo de los que, se incorporó contestando á Magdalena en el mismo tono:

—Es verdad.

A este tiempo abrieron desde fuera una de las hojas de la puerta y apareció Mostaccino en cuyos brazos se precipitó Magdalena. Su extrema palidez y la sangre que perdía eran irrecusables testimonios de la lucha desesperada que acababa de sostener. Anselmo encendió el velón y su prima lanzó un grito, y examinando con ansiedad á su amante,

—¿Qué tienes, Gaetano? preguntó azorada.

—No es nada, murmuró el gefe, no obstante que desmen-

tian sus palabras la extrema debilidad que sentía; debilidad que le obligó á sostenerse contra la desgraciada niña para no caer al suelo.

—¡Vendas, trapos! exclamó con cierto tono de desesperación, uno de los contrabandistas que entraron en seguida de Mostaccino.

Todos subieron al piso alto, menos Anselmo, que quedó atrancando la puerta.

Las heridas de Mostaccino y de Sfroza-Gesu no eran demasiado peligrosas, pero las de otros camaradas eran mortales. Magdalena prodigaba sus cuidados á todos, si bien consagró los primeros á aquellos que podían ser provechosos. En tanto que esta virtuosa criatura se esforzaba en arrancar víctimas á la muerte, contaba Anselmo á Mostaccino la historia que acababa de oír de Pietro Sarti y su fin edificante.

Cuando cesó de hablar Gaetano reflexionó un instante y murmuró en seguida:

—¡Harta fatalidad es sufrir la pena de las faltas de otro!... ¿Pero hasta donde pretenderá llevar su venganza ese malvado esbirro?

—Yo pensaba que todo estaria acabado; replicó Anselmo.

—¡No, porque me he visto obligado á abandonar mi presa! Sin saber por qué presentia las desgracias que han ocurrido, y estaba decidido á librarme de ese odioso enemigo ó sucumbir; pero la suerte lo quiso de otro modo. El infierno que le protegió envió en su auxilio las autoridades de Chiasso, y fué menester poner término al combate. Demasiado es tener sobre nosotros el odio de los aduaneros, y concitarnos el de las autoridades suizas, hubiera sido perdernos sin remedio y sin fruto. Eramos trece cuando salimos de aquí... número fatal... y ahora no somos mas que cinco, y eso si sobrevivimos todos.

Al día siguiente despues de concurrir á los funerales y enterramiento de Pietro y de otros dos contrabandistas, muertos en la casa durante la noche, alquiló Anselmo en Chiasso un coche para conducir á Lugano en casa de Mostaccino á este, á su tío, su prima y Sfroza-Gesu.

Un entendido facultativo aseguró la curacion de los tres heridos, y al cabo de un mes consiguió completamente la de Gaetano y su fiel subalterno.

Entretanto Mostaccino entró en cuentas consigo mismo respecto de los azares de la vida que llevaba, y comprendió que Magdalena no estaria nunca al abrigo de las tentativas del aduanero, sino en su misma casa de Lugano. Llevado de este convencimiento decidió encargarse de negocios de mas cuantia que hasta entonces, con el propósito de verse pronto en posicion de tomar por esposa á la muger que amaba.

Pietro, decia para sí, ha pagado con su vida decrepita una deuda inmensa, y por lo tanto no hay nada que echarle en cara ni que tomarle en cuenta; Luigi nos será restituído á la vida por completo; Anselmo y Magdalena no han padecido sino de rechazo, y de consiguiente aun es ocasion de reparar fácilmente nuestros contratiempos. No me queda por hacer otra cosa que emplear todas mis fuerzas en apresurar la felicidad de mi amada, de mi ángel bueno. Protéjame el cielo uno ó dos meses tan solo, y abandonaré el contrabando para establecer mi comercio en Lugano. Magdalena no quiere oír hablar de matrimonio antes de terminar el luto de su abuelo, pero aguardando el deseado momento consentirá en tomar posesion de mi modesto mostrador. ¡Vamos! valor, y aun tal vez luzcan para el pobre Gaetano dias mas prósperos y felices.

Era menester volver á los negocios, y por consecuencia habitar de nuevo el parador; Mostaccino no emprendia cosa alguna en que no tuviera parte por mitad la familia de Sarti.

Luigi no quiso separarse de sus amigos, y se le trasportó á su casa á pesar del contrario parecer del médico. Gaetano, así que dejó instalada en el parador aquella familia, que debía muy pronto ser la suya, se encaminó á Mendrisio, donde reunió veinte hombres, la flor de los contrabandistas del país. Aquella misma noche comenzaron sus servicios.

Alas once próximamente llegaron cargados de mercancías á casa de la prometida de su nuevo jefe, donde se les tenia preparada una cena abundante.

—¡En marcha, hijos míos! exclamó Mostaccino al escuchar las doce de la regañona campana de Como.

El tañido de esta campana hizo estremecer á Magdalena porque recordó que la última vez que la oyó fué precursora de una noche de desastre. A pesar de todo, la pobre niña disimuló el terror que experimentaba.

—¡En marcha! repitió Mostaccino, ¡y que la Virgen Santísima nos proteja! añadió persignándose con devocion.

Todos los contrabandistas se descubrieron é imitaron su ejemplo.

—¡Hasta la vista! dijo á su prometida apretándola la mano. en seguida, dirigiéndose á su futuro primo, añadió: ¡adelante! y al menor indicio de peligro la cancion convenida sin afectacion de ningun género.

—Está bien, replicó Anselmo.

Salió la partida del parador, á la que precedia Anselmo buen trecho. Mostaccino y Sfroza-Gesu marchaban á la cabeza, cuatro hombres armados y sin cargas detras, en seguida otros doce con los fardos, trabuco en mano y las pistolas al cinto, y otros cuatro cerraban la marcha.

Hubiera podido tomarse esta noche por la noche del combate; tan rutilante estaba la luna. El viejo Pietro no hubiera intentado una *operacion* en noche tan serena.

Los contrabandistas salvaron sin accidente alguno la línea de la frontera, y ganaron las alturas en buen orden á paso regular; mas apenas comenzaron á descender por el monte Lompino (Olimpino) resonó á cien varas una fresca voz que cantaba con sosiego.

E' una storia ben curiosa,
¡Aüf! La liru lirula (1).

Era la voz de Anselmo; los contrabandistas se ocultaron tras los vallados que orillaban el sendero manteniéndose preparados.

Casi al mismo tiempo sonaron unas palmadas, y en seguida voces que gritaban:

—¡Bravo! ¡Otra!

Anselmo siguió su cancion á tiempo que una voz terrible como el rugido de un leon cubrió la del niño con una exclamacion que pobló los aires y retumbó en las crestas de las montañas.

—¡Basta!

En este momento brilló una débil claridad sobre la cima del Lompino, á la que acompañó la detonacion de un arma de fuego que volteó á Anselmo. Este pobre niño cayó en el mismo sitio donde hacia diez y seis años, y algunos meses antes de su nacimiento, que costó la vida á su madre, comenzó el martirio terrible del padre de Giovanni.

Simultáneamente fueron veinte balas á sacudir las encinas de la cresta del Lompino. En seguida los ocho contrabandistas que formaban la escolta del *sfroza* se abrieron en ala, y tomando sendas opuestas subieron á lo alto del cerro para buscar al asesino del muy querido niño.

Examinaron minuciosamente el bosque, los tallares y todos los escondrijos y accidentes del terreno puñal en mano, sin obtener mas resultado que la certidumbre de que se habia escapado el asesino. Con este convencimiento regresaron á incorporarse con sus camaradas.

La herida de Anselmo parecia muy grave, pero al mismo

(1) Es una historia muy curiosa
¡Aüf! La liru lirula.

tiempo que era menester procurar le los socorros del arte, no podia demorarse el viage. Sfroza-Gesu propuso conducirle él mismo al parador, pero Mostaccino creyó que era mejor aborrazar por entonces á la sensible Magdalena semejante espectáculo, y por lo tanto rogó á su amigo lo trasladase á Chiaso, hiciese curar al pobre niño por un cirujano que le designó, y lo llevase despues si no ofrecia riesgo á su casa misma en Lugano. En su virtud Sfroza-Gesu se encaminó por una senda de travesía cargado con su precioso fardo, en tanto que proseguian la expedición los contrabandistas y su gefe.

A media legua de allí (1) divisó Mostaccino cinco aduaneros que venian á su encuentro.

Ordinariamente cuando los aduaneros se hallaban en corto número y no iban mandados por el implacable Giovanni, se contentaban con una gratificación que les ofrecia uno de los contrabandistas de la escolta, y hacian la vista gorda, pero esta vez en vano esperaron el mensajero de paz, avanzando cautelosamente; cuando estuvieron á cincuenta pasos, gritó Mostaccino ¡basta! y voltearon á los cinco hombres á un tiempo como si hubiesen sido envueltos por una corriente eléctrica.

A contar desde esta noche, la palabra *basta* fué el grito de los contrabandistas: ¡basta! significaba venganza! represalias! pena del talion! ¡basta! era una sentencia de muerte sin apelacion.

Esta palabra terrible, verdadero misterio para los aduaneros, hubiera podido explicarla Giovanni, pero Giovanni desapareció para todos desde esta noche horrorosa sin que despues supiese nadie lo que habia sido de él.

(La conclusion en el número inmediato.)

LO QUE TAPA UNA MESA.

Cuando me he encontrado en uno de aquellos banquetes donde la etiqueta no usurpa los derechos del buen humor, donde saben sostener la conversacion los hombres de ingenio, y animar y embelesar á la concurrencia las mugeres agraciadas y amables; donde la señora de la casa, en fin, ha tenido el acierto de colocar á sus convidados de modo que á ninguno le falte con quien entretenerse en conversacion gustosa, confieso que me ha ocurrido mil veces el deseo de averiguar lo que tapaba el tablero de la mesa, debajo de la cual cruzaban acaso comunicaciones muy importantes.

Mientras un caballero medianamente prolijo se atasca en una narracion, cuyo fin que nunca llega, desean los oyentes con anhelo, reparo yo en una joven chiquita, con peinado á la valenciana, la cual está escuchando sin pestañear, agitada, enterpecida, y retratando una suave languidez en su semblante. Imposible es que la historia que están refiriendo ocupe tan poderosamente la atencion de aquella linda miniatura.

Discurrese acerca de una calamidad reciente, y otra ni-

ña atolondrada suelta á todo trapo la risa. La niña de quien hablamos es persona de un corazon compasivo: luego la tentacion de reir que le ha dado ha tenido su origen debajo de la mesa.

¿Por qué se le habrá escapado á esotra dama un chillido, contra su voluntad, á lo que parece?

—¿Qué tienes, chica? le pregunta su marido, desde la otra punta de la mesa.

—No es nada, responde la joven esposa, dirigiendo una mirada al comensal que está á su derecha; una punzada de dolor de muelas que me ha dado de pronto. Ya se va pasando.

Llegan los postres, chispea el champaña, sube y hierve la espuma, vácianse las copas, acalóranse las cabezas, se encandilan los ojos, y todos los convidados charlan á un tiempo. Esta es la ocasion en que cada prójimo puede, sin temor de ser escuchado, departir libremente con su pareja, y este es por consecuencia el momento critico en que el tablero de la mesa debe encubrir un cuadro sobremano interesante.

Como yo soy curioso, y deseo ademas instruirme, de jo caer mi caja de tabaco, me bajo para recogerla, y teniendo de paso la vista por aquella region submeridiana. Desde luego advierto que no todos los pies ocupan su lugar: el de la valencianita se halla debajo de la bota de un oficial de la guardia, y la rodilla de un autor recién dado á la estampa tropieza con la de la buena moza consabida que baja ruborosa los ojos cada vez que se la dirige la palabra. Carga suavemente sobre la mano de un simple artista la de una marquesa ya en edad de discrecion, mientras que cierto adinerado comerciante, haciendo que se entretiene con la servilleta, echa un papelito en la falda de su vecina, la cual no permitirá que se escurra al suelo.

Pero ¡calla! ¿qué es lo que veo acullá abajo? ¡Dos pezuñas descomunales una debajo de otra! Allí hay alguna equivocacion sin remedio. Examinemos la posicion de los personajes respectivos: de los dos pies uno pertenece á un catalan de enorme corpulencia, y otro á un ricacho andaluz, gran devoto, aunque viejo, de las hijas de Eva. Entre los dos se sienta una niña de diez y seis años, muy linda y muy lozana, pero muy simplona y muy lerda. La pobre muchacha que se ha visto acosada desde que la colocaron allí, por las miradas, galanerias y suspiros de sus colaterales, no se ha atrevido á levantar los ojos, ni á separar los pies, ni á sacarlos de debajo de la silla, pero cada uno de sus obsequiantes ha estendido por su lado una pierna, y el pie del fornido catalan ha ido á plantarse sobre el del antiguo cazador de gangas. Ambos á dos están locos de contento, creyéndose en el goce de un favor distinguido; y cuanto mas aprieta el paisano de Serrafongia, mas se estasia el hijo del Betis, y mas menu-dean uno y otro los suspiros y las guiñaditas.

Bastante he tardado ya para buscar una caja de tabaco. Voy á levantarme con el sentimiento de perder algun nuevo episodio del cuadro que miraba; pero de improviso el cuadro desaparece. Al estrépito de un fiero coscorron que alzándose me he sacudido en la corpiña contra el aro de la mesa, todos los pies han recobrado su posicion natural y debida, y ya nada hay debajo del tablero que merezca observarse.

J. E. HARTZENBUSCH.

(1) De la frontera á Como no hay mas que una media legua por el camino real, pero esta distancia se triplica por las alturas á causa de las subidas, bajadas y rodeos que obliga á hacer.

ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.



TERODACTILO DE HOCICO CORTO.

Los antiguos poetas han dado tortura á la imaginacion para crear un animal espantoso, capaz de inspirar terror á los mas intrépidos. Le han dado las garras del leon, un cuerpo de cocodrilo, una cola de lagarto, alas de murciélago, una cabeza de pájaro, un cuello de serpiente y le han llamado

dragon volante. De esto resulta que las imaginaciones frias se han burlado de él, y las naciones supersticiosas han hecho del dragon una especie de divinidad fantástica, ó al menos un ser misterioso unido á su teosofia. Tales son aun los chinos, los persas, y otras poblaciones de la India.

Pero lo que hay de mas singular en esto, es que se ha descubierto hace poco tiempo, y en varios parages, esqueletos mas ó menos enteros de estos pretendidos dragones fantásticos, y de los cuales se cuentan hoy siete especies



conocidas. Se le ha dado el nombre de terodáctilo, en griego, *doig-aile*, porque en efecto los miembros de sus largas alas están unidos á uno de sus dedos prodigiosamente largos.

Presentamos como muestra el terodáctilo de pico corto (*pterodactylus brevirostris*) el menos extraño de todos; pero aquel cuyo esqueleto mejor conservado permite mas fácilmente restituirlo á sus proporciones exactas. Este era un monstruo en miniatura, puesto que su grandor no sobrepasaba al de un mirlo.

Pero no sucedía lo mismo en el grantendáctilo (*pterodactylus grandis*), que tenía quince pies de diámetro; su hocico se prolongaba en un pico casi tan largo como su cuerpo, y armado de dientes puntiagudos y numerosos; sus ojos eran grandes, su cabeza parecida á la de un pájaro, y como ellos tenía las narices taladradas cerca de los ojos, al paso que en los otros reptiles están colocadas en la punta del hocico. Su cuello era igualmente mas largo que su cuerpo y parecido al tronco de una serpiente, de manera, que cuando volaba, se veía obligado para sostener su cabeza á replegarla sobre el lomo. Su cuerpo escamoso, así como su corta cola, se asemejaba al de los lagartos; pero gruesos músculos pectorales estiraban mucho su pecho como sucede á las aves y á los murciélagos. Sus vigorosos brazos terminaban por un dedo prodigiosamente largo y llevando la membrana del ala; otros tres dedos de proporciones ordinarias se veían armados de gruesas uñas, que servían al animal para suspenderse en las ramas de los árboles. Sus pies traseros eran menos gruesos, pero igualmente largos, terminando en una pata de lagarto, cuyos dedos eran mas cortos y armados de uñas menos grandes y menos agudas.

Resultaba de esta extraña conformación que el animal debía tener un gran poder de vuelo y hendir los aires con mucha facilidad; pero sobre la tierra no podía ya obrar con la misma libertad de movimiento; se veía entonces obligado á arrastrarse pesadamente empujado por las membranas de sus alas, ó á sostenerse en una posición vertical, puesto sobre su cola que le servía de apoyo para marchar saltando. Sin duda daba caza á los insectos, ó á otros reptiles menos fuertes que él y tal vez á las aves acuáticas.

No hay precisión de hacer observar el paso sorprendente de los reptiles á los mamíferos volantes (murciélagos, galeopitecos), por los terodáctilos. Aquí el eslabon intermedio está de tal manera pronunciado, que muchos anatómicos han considerado estos monstruos como murciélagos, hasta que Cuvier ha probado que pertenecían mas particularmente á la especie de los lagartos.

GLORIAS DE ESPAÑA.

EL CONDE DON GUILLEN GONZALEZ.

I.

Mas de dos años hacia que duraba una sangrienta y desastrosa guerra civil entre leoneses y gallegos: guerra que, debilitando y desmembrando las fuerzas de los principes cristianos en la Peninsula, influía notablemente en la preponderan-

cia y grandeza de los árabes. Ofendidos los gallegos de la arrogancia de don Ramiro III de Leon y del poco cumplimiento que daba á sus soberanas palabras, le negaron la obediencia, se levantaron contra él, y con inaudito arrojo proclamaron por rey á don Bermudo en 15 de octubre del año 980. La declaración de guerra fué la consecuencia de este acto; pero como los gallegos estaban bien prevenidos aceptaron la batalla de Portilla de Arenas, y las hostilidades siguieron mas encarnizadas, los árabes mas audaces y la patria caminando á su ruina, hasta que con el fallecimiento del rey don Ramiro y sucesión de don Bermudo quedó satisfecha la ambición de los unos y se quitó todo pretexto á la rebelión y disensiones de los otros.

Concentradas entonces las fuerzas de Asturias, Leon y Galicia, y gozando de la posible unidad la monarquía, fué ya tiempo de atender á atajar los progresos de los árabes, antes que el remedio, por lo tardío, fuese completamente inútil. Ocupaba entonces el califato de Córdoba un príncipe en menor edad, casi un niño, y esta circunstancia que parece debiera haber dejado algun respiro á los cristianos, era, por lo contrario, la causa de su ruina, porque había puesto interinamente el inmenso poderío de los árabes en manos de Almanzor, el guerrero y el héroe de su historia. Este afortunado general, en sus anuales expediciones, había llegado á apoderarse de Simancas, que era la llave de todo el reino de Leon, y como que la posesión de esta fortaleza allanaba todas las dificultades y le facilitaba el resto de sus conquistas, se presentó en campaña en la primavera del año 995 con designio de llegar hasta las murallas de Leon. Don Bermudo, precisado á hacer el último esfuerzo, reunió todas sus huestes y salió á disputar el paso al enemigo á orillas del rio Esla.

Ordenaba Almanzor su ejército en batalla, cuando se vió tan inopinada como resueltamente acometido por las huestes cristianas, y con tal ardor, que desbarataron á los árabes y los obligaron á replegarse precipitadamente á sus tiendas. Almanzor anima á los suyos con la voz y los ademanes: despues viendo que la batalla se pierde, se precipita como un leon furioso en medio de las filas enemigas, distribuyendo á derecha é izquierda furibundos golpes con su terrible alfange, y por último, viendo que esto no basta y que sus tropas huyen vergonzosamente, se adelanta á todos los fugitivos, se apea del caballo, arroja lejos de sí su turbante y tocado de oro con las demas insignias de mando que le adornan, y clavando su alfange en el suelo, esclama desesperado:

—Aquí me quedo yo solo á morir, pero heroicamente, entre los enemigos.

Los árabes que tanto aman y respetan á su gefe, conmovidos con tan extraordinaria acción y con las demostraciones de su general, que entre ellos significan lo último del sentimiento, conocen la afrenta de aquella huida y se contienen, se rehacen y vuelven de nuevo sobre los cristianos, que sorprendidos á su vez, ceden el campo y se retiran precipitadamente á la ciudad. Una espesa lluvia que sobrevino impidió que con ellos entrasen tambien los enemigos, y la venida del invierno el que Almanzor pudiera emprender las operaciones del sitio.

II.

Deseoso el emperador Vespasiano de asegurar su dominio en aquella parte de España en que residían las gentes mas re-

beldes al imperio romano, reforzó las legiones que estaban en la Península con la legión *Séptima, Gemina, Pia, Feliz*, destinada á la provincia Tarraconense. Era esta legión una de las mas célebres entre las aguerridas de los ejércitos de Roma: habia sido fundada por Augusto y enviada á las guerras de Dalmacia; despues Neron la trasladó á la Siria, Galba la tuvo por algun tiempo en la Germania inferior, y por último Vespasiano mandó que se fijase definitivamente en España. Esta circunstancia y la necesidad de estar á la mira de las dos belicosas regiones de Asturias y Cantabria, sugirieron el pensamiento de fundar una poblacion donde residiese el prefecto de la milicia, y donde se hallase á todas horas suficiente número de soldados para mantener en paz aquellas indómitas regiones. Este fué el origen de la ciudad de Leon, cuyo nombre se deriva del latino *Legio*, por la legión romana que obtuvo el singular privilegio de fundarla. Fué la ciudad nobilísima desde su mismo origen, así por los caballeros romanos que en ella fijaron su residencia, como por la suntuosidad de los edificios y la fortaleza de sus muros, que resistieron á la accion de las guerras y de los siglos. Fieles á su origen romano, los habitantes se mantuvieron bajo la obediencia del imperio, aun en medio de la irrupcion de estrañas y bárbaras naciones á las que no quisieron reconocer, hasta que estinguído en la Península el poder de los romanos, se creó en ella un espíritu nacional origen de la brillante monarquía de los godos. Leon fué la ciudad en que asentaron su regio solio los valerosos principes cristianos, que siguiendo las huellas del inclito Pelayo, se habian propuesto libertar á la patria de la miserable esclavitud de los sarracenos, y desde este antemural de la España cristiana, salian los ejércitos que ensanchando cada vez mas el círculo de sus conquistas, habian al fin de reducir toda la España á una sola creencia y ponerla bajo el dominio de un solo y glorioso monarca. Solo cuando la desventurada España era victima de las mas funestas discordias interiores, solo cuando á consecuencia de tan lamentable escision iban en aumento la preponderancia y orgullo de los árabes, solo, en fin, cuando estos tenían á su frente al mas invicto y esclarecido general de que hacen memoria sus anales, pudo la ciudad de Leon verse seriamente amenazada.

Almanzor, seguro de que no habria ya quien se le opusiese, tenia bien preparadas sus tropas, y así que el tiempo favoreció su marcha, así que llegó la primavera del año de 996, se puso en campaña, dirigiéndose á Leon, sin hallar, conforme él se habia prometido, ningun impedimento en el camino. El rey don Bermudo, achacoso, enfermo de la gota y precisado á retirarse á Oviedo, buscó una persona de prestigio á quien confiar el mando y la defensa de Leon, y fué á poner los ojos en el conde don Guillen Gonzalez, veterano de intachable reputacion, al que habló en estos términos:

—A ti te dejo encomendada la defensa de mi ciudad de Leon, porque te creo el mas valiente y famoso caballero de mi ejército.

—Señor, contestó el conde, acepto vuestro mandato y procuraré corresponder al juicio que de mí habeis formado: si; yo haré no queden desmentidas las lisongeras palabras de mi rey.

III.

Empresa sumamente difícil era la de ganar la ciudad de

Leon, nunca tomada por sus enemigos. Contribuia á esta dificultad la fortaleza de sus murallas tan célebres en la historia de España: eran una de aquellas obras maravillosas que los siglos posteriores han designado por escelencia con el nombre de *obras de romanos*: eran unos muros altísimos de veinte pies de grueso, que rodeaban la ciudad formando cuadro, y dejando solo cuatro entradas en el centro de los cuatro lienzos, las que con simétrica colocacion correspondian por la parte de adentro á cuatro calles rectas y espaciosas, y miraban derechamente por la parte de afuera, á los puntos cardinales ó las cuatro partes principales del mundo. Habia además un fortísimo alcázar en el centro de la ciudad, y torres gruesas á proporcion de las murallas y situadas en los puntos de estas que eran mas á propósito para la defensa. Ante estos muros y la imponente actitud de sus defensores, hubieron de detenerse y estar paralizadas durante un año las huestes victoriosas del impetuoso Almanzor. El conde don Guillen, capitán de valor y fidelidad á toda prueba, era la causa de esta mengua de Almanzor, y con esto ya está dicho de qué modo el noble veterano desempeñaba la difícil comision que el rey le habia dado. Pero este hombre tan inalterable en su valor, tan fecundo en recursos y tan conoecedor del enemigo que acampaba fuera de las murallas, llegó á caer enfermo, y desde entonces la situacion de la ciudad fué empeorándose notablemente. Llegó por fin un día en que Almanzor, creyendo á los defensores de la plaza estenuados por el hambre y la fatiga y sin jefe que los animase, intentó dar el asalto, y lo hizo con tal furia y abundancia de tropas, que los defensores teniendo que acudir á muy distintos parages de la muralla, no pudieron evitar que los árabes abriesen un anchuroso portillo por la parte de Occidente. Por aquel boquete iban penetrando con rapidez los enemigos en la ciudad, llenando de terror á los habitantes y consternando de tal modo á los defensores, que abandonando sus puestos, solo trataban de ponerse en salvo, pues unos y otros en aquel momento de alarma, exageraban el peligro que corrian. Todo era terror y confusion y la ciudad podia considerarse como perdida, cuando un estraño suceso contuvo á los mas débiles, alentó á los mas osados y cambió del todo la situacion.

Un confuso rumor se percibe hácia el punto que ocupan ya los enemigos, y en el centro del único grupo que hácia ellos se dirige, percibese al ilustre jefe de la ciudad, al conde don Guillen Gonzalez, que reco tado en una camilla, flaco, débil y enfermo, hace que á medio armar le lleven al punto del peligro, para morir en él ó evitar mientras le alcancen las fuerzas, la ruina de su ciudad predilecta. Este rasgo de heroismo produce todo el efecto que el magnánimo jefe se habia propuesto; todos se contienen, se avergüenzan, y no queriendo ni ser menos que su jefe, ni dejarle abandonado entre sus enemigos, se agolpan alrededor de la camilla, aclaman al conde llenos de entusiasmo, y con él á su frente vuelven contra los infieles. Don Guillen manda á los que le conducen que le suban bien alto para ser visto de amigos y enemigos, y este hombre de corazon valiente en cuerpo flaco y enfermo, infunde con su presencia y autoridad el mayor arrojo á los soldados, pelea con la voz y el ademan, logra al fin que los árabes sean rechazados, y conducido en hombros de los suyos, los persigue hasta que con terrible pérdida son lanzados ignominiosamente á la campaña por el mismo portillo donde osaran penetrar. El conde vuelve entonces en triunfo á su aloja-

miento y á él se dirigen todas las aclamaciones. ¡Suyo, exclusivamente suyo, es el triunfo de aquel día!

IV.

Están conformes los cronistas en que tan escarmentados quedaron los árabes del último asalto dado á las murallas de Leon, que tardaron tres días en volver á inquietar á los valientes defensores. Pasado este término, Almanzor con el ascendiente que tenía sobre sus soldados, los preparó de nuevo al combate, bien resuelto á volver por el decoro de sus armas, y arriesgarlo todo por apoderarse de una ciudad que era la llave de todas sus conquistas por aquella parte de la España. Importábase mucho al árabe caudillo dejar por aquella parte bien asegurada su dominación, en un tiempo en que á la parte opuesta se le suscitaban obstáculos capaces de entorpecer el curso de sus victorias. Las impacientes tribus del Africa se habían rebelado contra los califas de Córdoba, y los edrysitas, únicos que entre los berberiscos permanecieron fieles á los soberanos de la dinastía de los Ommyadas, les pedían con urgencia socorro, como que eran el blanco de los iracundos y continuos ataques de las otras tribus rebeldes. Era preciso ya dividir las fuerzas de los árabes en España, y enviar una buena parte de ellas á sostener una lucha en Africa, de incierto resultado; pero que al fin se terminó en el año 997, quedando definitivamente asegurada en Fez la dominación de los califas Ommyadas.

Ordenó, pues, Almanzor su plan de asalto, animando á los suyos mas con el ejemplo que con las palabras, y enviando la gente mas florida de su ejército á la brecha, en que presumía, y no se equivocaba, pudiera estar el conde don Guillen Gonzalez. Pero este animoso gefe no podia hallarse en todas partes, y mientras que en el punto que él defendía eran rechazados los árabes con el mayor denuedo, pudieron ellos abrir otra brecha y trepar por la parte meridional de la muralla, precipitándose con violencia en la ciudad. Decir las muertes y los estragos que en ella iban haciendo, exasperados como estaban por tan obstinada defensa, excede á toda ponderación: baste decir que desde entonces datan la decadencia de Leon y la ruina de sus murallas y vetustos monumentos del tiempo de los romanos.

Ya eran los infieles casi dueños de la ciudad, y aun no habían podido penetrar en ella los que atacaban el portillo defendido por el animoso conde. Pero los leoneses desfallecen con la funesta noticia que prontamente se divulga, con el horrible estrépito que se oye en la ciudad, y con los alaridos de sus esposas y sus hijas, espuestas en aquel momento á todos los ultrajes de los bárbaros.

—¡Somos perdidos! esclaman tristemente, y atentos ya solo á ponerse en salvo, se acercan al conde y le dicen:

—Salvos, señor, estamos cortados por todas partes!

Y era así, que cada vez se percibía mas cercana y mas distinta la gritería de los árabes. Viendo que el conde no hace caso de sus palabras, se acercan á la camilla para sacarle de allí; pero don Guillen los contiene con el ademán y la autoridad, diciendo muy sereno:

—Id vosotros y sálvese el que pueda. No he venido yo á este puesto para huir cobardemente, sino para morir en él cuando fuere preciso.

Quedáronse con don Guillen los que como él estaban re-

sueltos á morir en cumplimiento de su palabra, y de los demas pocos pudieron salvarse, porque los árabes acometían ya por todas partes. El último combate fué sangriento y desesperado: Almanzor, noticioso de lo que pasaba, llega para conocer y tener la gloria de rendir al magnánimo conde español, y los árabes, al ver llegar á su gefe, bajan las armas y se apartan respetuosamente abriendo anchurosa calle. Llega Almanzor, y entre montones de cadáveres de los suyos, ve descollar la rota y desvencijada camilla, y sobre ella tendido é inerte ya, al conde don Guillen Gonzalez, que aun empuñaba su sangrienta espada, como si para ello hubiera concentrado todas sus fuerzas antes de espirar. Almanzor contempla aquel triste espectáculo en medio del silencio general y espresa el concepto que le merece el caudillo español en estas breves pero espresivas palabras:

—No debe sentir el rey cristiano la pérdida de sus ciudades, sino la de tales defensores que para ellas tiene.

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE.

MURILLO.

Es el célebre pintor español, fundador del estilo sevillano. Hasta hace poco tiempo creían los franceses que la Península hispánica no contaba mas que un reducido número de artistas célebres, y cuando citaban á Ribera, Velazquez y Murillo, pensaban conocer todo cuanto habia producido de bueno la pintura española; pero la última escursión verificada por el baron de Taylor, y las obras maestras llevadas á Francia por este sabio viajero, han dado á conocer mas de cuatrocientos nombres de pintores notables. Por lo tanto la Italia no brillará ya exclusivamente á la cabeza de todas las escuelas del mundo, porque España podrá disputarle en este concepto una gran parte de sus laureles.

Concedamos á los pintores italianos la suavidad de los contornos, la composición grandiosa y severa, y á los artistas españoles la fuerza del colorido y el extraordinario poder de las composiciones. Pero apresurémonos á decir, que hay un hombre que debe colocarse á la cabeza de los artistas de todos los países, un hombre, un hombre solo, que no tiene punto de contacto con los demas hombres.... el inimitable Miguel Angel. A él solo se debe dar el cetro de la pintura; su genio colosal, sobrepuja á todas las notabilidades de su especie, para que procuremos establecer comparaciones..... Pero si despues de él, un Rafael, un Vinci, un Pucino, un Carrafa, un Dominiquin, un Guido, un Rembrandt, un Rubens, se citan como los maestros de las escuelas romana, francesa y flamenca, la España cuenta á la cabeza de sus grandes artistas á un Murillo, á un Rivera, á un Velazquez, á un Coello, á un Palomino, á un Ribalta, á un Herrera, á un Berruguete, á un Pacheco, á un Córdoba, á un Zurbaran, etc., etc., y otros muchos, cuyos nombres sepultados durante algunos siglos, han aparecido en fin como la humanidad en el día del juicio para recibir su parte de elogio y de critica.

Muchos, infinitos son los cuadros que existen hoy debidos al célebre pincel del inmortal Murillo, siendo su estilo y su colorido, cualidades harto conocidas de los inteligentes, para

que pretendan negar la procedencia de sus hermosas composiciones. En Italia, en Francia, en Inglaterra, en Flandes y en otras naciones civilizadas existen cuadros del pintor sevillano. La revolucion, la codicia de algunos españoles, y otras causas que seria inoportuno consignar aqui, han arrancado de España muchas pinturas de este, y de otros célebres autores, y los museos extranjeros enriquecen sus galerías, dando por otra parte una honrosa preferencia á estos artistas, que dignamente han pasado á la posteridad.

El Museo real de Paris posee algunos cuadros de Murillo, y el Museo de Nantes, el departamento que clasifica con el nombre de escuela española, tiene varios de distintos autores célebres que deben ser citados.

En primera linea aparece el *Tocador de viola* de Murillo, del cual presentamos una copia en el grabado que acompañamos á este artículo.

Es un anciano ciego, sentado sobre una piedra, que canta acompañándose con el instrumento. La figura de tamaño natural, se distingue por la naturalidad y la verdad que se hallan en todos los cuadros de este pintor.

Del mismo autor, hay en dicho Museo un cuadro que re-

presenta á una *jóven vestida de azul, con un devocionario en la mano*, que tiene un mérito indisputable, y que por lo tanto se hace acreedor á los mayores elogios.

El librito del Museo indica como original de Ribera un *Jesus disputando con los doctores*, que tiene en efecto mucha semejanza con la manera de este pintor. Las figuras carecen de elevacion y las posiciones carecen tambien de nobleza; ¡pero qué fuego hay en aquel pincel! ¡qué arranques! ¡cómo se siente que aquella pintura se ha hecho del primer golpe, y por decirlo así, con audacia y atrevimiento! Un dia que dos caballeros que se ocupaban de la alquimia hablaban en su taller de la piedra filosofal, Ribera exclamó:

—Yo la he encontrado.

—¿Cómo? preguntaron los caballeros.

—Vais á verlo.

Cogió un lienzo, pintó en el espacio de una hora una cabeza de una espresion muy enérgica y la envió al momento á un inteligente. Su criado volvió pronto con un saco de pistolas.

—He aqui como yo fabrico el oro, dijo Ribera á los caballeros; la piedra filosofal es mi pincel.

M. P. F.



Tocador de viola, por Murillo.